



*El espacio de ecología y acogida Ana Leal*

Edición de Laura Sierra y Pedro Piedras

# Introducción

*"El cristianismo verdadero no es una doctrina de fe sino de vida. No es una teoría que debe creerse, sino una acción que debe llevarse a cabo."*

*(Liev Tolstoi, El Reino de Dios está en vosotros, 1894)*

Quien no ha estado nunca en el Espacio de Ecología y Acogida Ana Leal difícilmente puede imaginarse la magnitud de la dimensión humana que se ha generado y vive entre sus paredes. Somos muchos, no obstante, los que hemos cruzado ese umbral y nos hemos dado de bruces con un universo comunitario nuevo, sorprendente, grandioso en su sencillez y, a la vez, humilde en su grandiosidad. Este pequeño libro quiere dar cuenta de la experiencia de los primeros cinco años vividos en “la casa”, pero no desde las frías estadísticas o la enumeración de logros materiales, sino desde el relato de aquellos que han protagonizado y vivido una utopía contemporánea, fresca como la *Granja Tolstoi*, pero enraizada en una espiritualidad que procede a partes iguales de la lectura profunda de los Evangelios, de la intuición poética de las primeras comunidades cristianas y de la cosmovisión humana de la Compañía de Jesús.

A la mesa de Ana Leal, se sientan religiosos que creen en la construcción de un mundo nuevo a través del compartir y del cuidar, pues no hay más secreto para que prosperen las relaciones humanas; se sientan familias, venidas de lejos, que han encontrado un hogar antes de encontrar una casa, que han descubierto parientes humanos allá donde pensaban que no había más que desconocidos; se sientan

personas que han decidido compartir su vida con los anteriores no sólo buscando dar sino también transformarse en la búsqueda de cada ejercicio de generosidad; se sientan amigas y amigos, cada cual aportando su gesto, su conocimiento, su experiencia, y tomando del contexto una energía nueva, que habla de todo lo que todavía es posible; se sientan también invitados y visitas, casi siempre atónitos, que se preguntan si experiencias así pueden darse todavía en este errático mundo de narcisismo y superficialidad.

Tres son los conceptos fundamentales en torno a los que se organiza el espacio comunitario Ana Leal: la espiritualidad, los cuidados y la ecología. Una espiritualidad que irradia la fe profunda y transformadora en Dios, pero no sólo en Él, sino también en el ser humano. Unos cuidados que se convierten en el centro de la escena ética, donde las relaciones constituyen el magma original y auténtico de la vida. Una visión social de la ecología, en la que las personas y la naturaleza se ayudan mutuamente en busca de una nueva realidad colectiva. Sin embargo, desde el título, llamamos la atención sobre dos aspectos esenciales que se barajan desde estas páginas. El primero, *la verdad*, término tan difícil de definir como fácil de entender. La verdad de la que hablamos aquí es aquella que reside en la correspondencia fiel entre las ideas y los actos, aquella que es capaz de mirar a los ámbitos más sobrecogedores de la existencia y revertirlos en un canto de esperanza, aquella que desborda las palabras y las formas y se erige en esencia incontestable de la existencia. La verdad toma la forma de los niños y las niñas de Ana Leal. La verdad se abre en la consciencia del sufrimiento de las personas y del planeta. La verdad se abraza a la tierra, a los frutos y a los árboles y vuelve cada año con las semillas y el verdor de la

primavera. La verdad serena los espíritus y les concede una tregua en mitad de un universo herido por lo pretendido y lo falso.

La puerta abierta por la verdad habitada que es el Espacio Ana Leal conduce, de un modo natural, a *la utopía*, al no lugar, al lugar que seguramente no habría tenido por qué existir, pero cuya realidad apunta a una esfera superior de humanidad. Ana Leal ha encapsulado en sí el misterio de lo santo, de lo trascendente, de lo que perdura; ha escrito una carta rebosante de humildad dirigida al futuro para decirle que queremos ser dignos de él, pero que tal cosa pasa invariablemente por transformarnos radicalmente.

El nuestro es, ante todo, un libro de testimonios. Estos testimonios se entretajan formando, a su vez, una pequeña comunidad de voces, trasunto de la comunidad humana de la que brotan, formando un todo polifónico, que trata de dar cuenta de un discurrir cotidiano por lo demás bastante inefable. Queremos que en estas páginas se recoja un poco del espíritu en el que ha nacido y viven las personas que han pasado por esta casa, que, sin duda, es algo más que una casa.



## Preludio

No, no es sólo una casa, ni un lugar cerrado donde vivir, ni un sitio en el que estar unos días hasta disponer de los papeles necesarios para regularizar una situación. La casa de acogida Ana Leal hace honor a la mujer a la que debe su nombre, un lugar abierto en el que el cuidado es lo que lo hace especial y distinto a otros, como el que Ana, en sus últimos años de vida, entregó a los de cerca y a los que ni siquiera conocía (a través de *Come Sano Come Justo*, *Red Íncola*, *Fundación INEA* o *Entreculturas*), dedicando a ello la mayor parte de su tiempo, un tiempo que ya se anunciaba corto por la enfermedad, pero al que ella, con su entrega, dotó de eternidad. Su amor por la naturaleza y el campo (no es casualidad que se formara y trabajara en INEA) es parte también de la idiosincrasia que inspiró a que este proyecto lleve con orgullo su nombre. Su preocupación por los demás, siempre con una sonrisa, hoy aún me inspira.

El formar parte del proyecto surge de años de vida en compañía de amigos, de los que una se fía porque los conoce, sabe que van por el mundo poniendo a los demás en el centro, y siente que lo que emprenden es de Dios. Así que seguirles, participar de sus propuestas no es un esfuerzo, surge naturalmente y es un honor. Manifestada la divina intuición por parte de uno de ellos, sólo bastó madurarla, compartir incertidumbres y certezas y ponerse manos a la obra.

Y así, hablando, hablando... sabiendo bien el qué, y no tanto el cómo iba a llevarse a cabo, entra en escena la confianza de la Compañía de Jesús, para apoyar a una pequeña comunidad de dos jesuitas, que, renunciando a las comodidades que tenían entonces, y sabedores de la necesidad de un lugar para acoger a familias inmigrantes, se ofrecen con generosidad para iniciar el proyecto en INEA.

Un lugar lejos del centro de Valladolid, en una casa mucho más sencilla de la que partían, donde las comodidades eran escasas, aunque tuviera lo suficiente, donde sabían que el trabajo sería mucho mayor, pero nunca tan grande como la necesidad que esas familias traían. La autorización para ello la sentí en aquel momento, como una apuesta por un proyecto novedoso, ilusionante, que tenía tanto de arriesgado como de necesario en nuestra ciudad y que hacía realidad la opción por los pobres. Y así, donde inicialmente eran dos, fueron tres y luego tres más.

Y llegó la pandemia y se demostró que hay quien afronta las situaciones adversas y no sólo las supera, sino que sale fortalecido de ellas. Y aquí hablo de dos voluntarias, mujeres, ellas dicen que acabar viviendo en la casa de acogida Ana Leal fue consecuencia de la COVID. Yo creo que eso sólo fue el desencadenante o la disculpa. Ambas son de las que se dan y se vuelven a dar, ellas también renunciaron a sus comodidades, a sus familias, a su tiempo de ocio... Su papel de confidentes con las mujeres de las familias, la distinta forma de tratar con los niños, de gestionar la logística de la casa, es sin duda otro actor fundamental en la casa de acogida Ana Leal. Su presencia ha ayudado a las mujeres de las familias, a seguir construyendo su camino teniendo en cuenta a los suyos, sí, pero sin descuidar sus propias necesidades y potenciando sus valores como mujeres. Las ha ayudado a liberarse de inhibiciones, miedos, e inseguridades que algunas traían desde sus países de origen, en los que las mujeres con frecuencia son maltratadas, abusadas e ignoradas.

Y llegaron las familias de sitios distintos, de orígenes diferentes, con realidades muy variadas, pero todas ellas con grandes renunciaciones y según he podido apreciar, con dos cosas en común: el amor y la esperanza. Un amor enorme hacia sus hijos, que les ha llevado a desplazarse y pasar a una situación en la que han perdido lo poco o mucho material que tenían, pero sobre todo han perdido la cercanía

a sus amigos y familiares. Dejarlo todo y venir a España, sin saber dónde van a dormir la noche siguiente, con miedo, con el dinero justo para comer unos pocos días, los hace tremendamente vulnerables. Sólo la esperanza por una vida mejor les hace seguir hacia adelante.

¿Quién soy yo para poner fronteras a la esperanza de estas personas?

Ahora bien, esa vulnerabilidad, una vez que llegan a la casa de acogida, con la tranquilidad de ver satisfechas las necesidades básicas de techo, comida, escuela ... se va transformando en el día a día y así, en la mayoría, empiezan a verse sus ganas de colaborar, de participar en las tareas diarias, de compartir lo que saben, de impregnarse de nuestras costumbres, de transmitirnos las suyas, de colaborar en las labores del cuidado de la finca. Cada cual ha ido adquiriendo su misión, y en ese compartir diario, las cosas sencillas de la vida, las cosas buenas y las que no lo son tanto (disgustos también hemos tenido), van surgiendo vínculos que continúan más allá de su estancia. Cuando iba a pasar alguna tarde con ellos, me daba cuenta de que Ana Leal se parecía mucho a una gran familia.

No quiero olvidarme de hacer una reflexión en relación con los adolescentes que han pasado por la casa, porque creo que son ellos los que más sufren. ¡Alejarse de los amigos en una etapa de sus vidas en la que son quizás lo que más les importa es un sentimiento de ruptura tan grande! Pero, además, son conscientes del sufrimiento y esfuerzo de sus padres. Hacer nuevos amigos, seguir un curso escolar donde todo es nuevo, es tremendamente duro. Pienso que es a ellos a quienes las sociedades que ahora los recibimos, y no sólo hablo de esta casa de acogida, debemos dedicarles mayores recursos y mayor cariño, pues en ellos la sensación de desarraigo es mucho mayor.

Los resultados están ahí, no todos respondieron igual ni todos siguen en España, pero su situación en sus lugares actuales de residencia ha mejorado. Los que siguen en nuestro país tienen un trabajo más o



menos estable, son familias autónomas, los niños van mejorando, con más o menos esfuerzo, en sus escuelas e institutos, se han generado vínculos entre las distintas familias y con los que, de una u otra manera, formamos parte del proyecto, tienen amigos de sus países de origen, pero también han hecho amigos españoles, lo que les facilita la integración. El cuidado entre todos y no sólo satisfacer las necesidades materiales, nos da y les da seguridad, y permite una mejor integración en comunidad.

Por todo lo anterior, siento con satisfacción, que lo que tenemos entre manos es una obra buena. Me alegra participar de ella, aunque mi paso sea sólo un grano de arena. Mi vivencia perfectamente puede resumirse con las palabras de la bendición de la mesa de Rutilio Grande, jesuita salvadoreño con la que termino esta reflexión; bendición que se reza cada día en la mesa de la casa de acogida Ana Leal por todos, desde los más chiquitos hasta los mayores y que para mí adquiere un significado mucho más allá del acto de bendecir los alimentos, para transformarse en oración de vida, en deseo para cada uno de los que la comparten, bendición de cada uno de los que formamos parte de esta casa de acogida Ana Leal y más allá... bendición de los que formamos parte de la Casa Común:

“Un mundo material para todos, sin fronteras,

Una mesa común con los manteles largos,

Cada cual, con su taburete.

Que para todos llegue la mesa, el mantel y el con qué.

Amén”

*Sonsoles*

# 1. Un espacio para la ecología y la acogida

## ORÍGENES

*En este primer capítulo se recoge el germen y la raíz de la experiencia de Ana Leal: cómo surgió, la inspiración profunda que lo impulsó y las primeras voces que dieron vida y forma a este proyecto. A través de los testimonios de quienes estuvieron en el origen de este sueño, descubrimos la esencia de una comunidad pionera donde la ecología y la acogida se unen inseparablemente.*

En el colegio mayor Menéndez Pelayo de Valladolid vivíamos dos compañeros jesuitas: Roberto Otero y yo. En mi caso, llevaba trabajando en temas de ecología y cuidado de la casa común los últimos años; desde 2005 hasta 2020 aproximadamente, cuando nos vinimos a vivir a INEA.

Recuerdo que fue Gerardo, otro compañero, quien nos animaba a intentar una nueva experiencia comunitaria que iba naciendo en nuestro interior como deseo: buscar un sitio para compartir la vida con personas migrantes; sin saber muy bien entonces si jóvenes, si mujeres, si familias...

Finalmente, nos decidimos por venirnos a las instalaciones que ya teníamos en INEA y acoger a familias migrantes en situación precaria o difícil por falta de papeles, de trabajo o de casa. Así empieza esta historia en la que no había un proceso bien definido, aunque sí que

habíamos escrito cosas sobre qué tipo de comunidad podría ser esta nueva experiencia. ¡Qué bueno sería contrastar aquellos primeros bocetos con lo que luego ha sido la realidad!

Al poco de llegar, en febrero del año 2020 y antes del confinamiento por la pandemia, convivíamos dos familias migrantes con un total de nueve personas y dos jesuitas: Roberto y yo. Y en ese momento recibimos un grupo de casi cuarenta personas del sector social de la Compañía de Jesús. Ahí se encarnó de una manera muy plástica, aunque un poco amontonada, lo que podría ser este proyecto: un lugar de acogida para familias, pero, a la vez, un lugar abierto a todos aquellos que quisieran compartir con nosotros esta experiencia de una manera temporal y también recibir un testimonio, una formación, una experiencia transformadora.

La unidad de ecología, acogida, espiritualidad y vida ha sido un acople natural, porque era lo que vivíamos cada día. Otra cosa es que, a posteriori, haya ido dando un cuerpo a esta integración, un sentido desde la vida vivida, la espiritualidad cristiana, ignaciana y la que brota de la Encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco.

La concreción del grupo fue una gracia de Dios. Tanto la llegada de Lourdes como la de Pady nos dieron una gran consistencia y compartir con ellas los discernimientos, las decisiones y las preocupaciones por nuestras familias nos constituyó como un grupo fuerte y unido. Después de la pandemia se unió Pesca, que ha sido persona muy importante entre nosotros por su alegría y por su capacidad de servicio.

Al mismo tiempo, hemos tratado de respetar a las familias al máximo. No sólo en el sentido de que se sientan seguras en la casa. También respetando sus ritmos, autonomía y capacidad de decisión. Eso no ha impedido que, en todo momento, les hayamos brindado nuestra experiencia, contactos y opinión. Es cierto que, a veces, pensábamos



que se equivocaban en algunas cosas, pero también tenían derecho a equivocarse, o a enseñarnos que su decisión era acertada porque ellos conocen mejor su propia capacidad y forma de hacer las cosas.

Para mí, el gran valor de Ana Leal es el deseo que tenemos de encarnar una comunidad profundamente evangélica. Lógicamente, tiene sus defectos y sus pecados, pero ese estilo de comunidad nos parece irrenunciable en la Iglesia y en la Compañía de Jesús. Si no viviéramos así, ¿de qué otro modo podríamos vivir? ¿En un convento cerrado al que es imposible acceder? ¿En un

contexto en el que nuestra acción hacia los pobres, los que sufren y los que lloran se concreta en unas horas de trabajo de lunes a viernes, pero sin tener nada que ver con nuestra vida fuera de esas horas?

Y Ana Leal existe porque hay jesuitas que nos responsabilizamos de la casa, le damos sentido y propósito junto con las laicas que nos acompañan en esta tarea. Ver todo esto es algo precioso que, al menos

a mí, me compensa los trabajos y sinsabores que siempre se encuentran en el camino.

*Félix*

Visto todo esto de esta manera, desde un punto de vista tan carismático, puede parecer que las cosas surgen así, con naturalidad de manera espontánea. No y sí. No, porque detrás de todo esto, en el momento de formularse la propuesta de Ana Leal, se contaba con un grupo de gente con ganas de hacer las cosas bien tratando de poner el alma en todo lo que se iba haciendo y concretando, tanto en los que nos fuimos a vivir allí, como en la gente que apoyaba la jugada con sus ganas y su tiempo. Eso hizo que poco a poco y con naturalidad cada uno fuera buscando y encontrando su espacio. Félix, el alma del proyecto, el pegamento que nos aglutinó a todos. Pady, estando siempre disponible, siempre remangada. Lourdes, el contrapunto, que llegó de fuera para poner sentido común en muchas cosas. Pesca, lleno de ánimo y siempre entonando un “todo bien”. Pilar y Sonso, nuestras chicas de la Cruz Roja, y mucho más...

*Roberto*

Desde la lectura honda de la LAUDATO SÍ, en la que encontramos una mística evangélica nos fuimos dando cuenta de la necesidad de considerar todos los aspectos, ecología, acogida, espiritualidad y vida comunitaria, para avanzar en el cuidado de la casa común y a la vez el cuidado de todos los miembros de la comunidad, abiertos a toda la humanidad. Tuvimos algunos retiros y profundizamos en el camino

espiritual, tal como aparece en el recorrido de los huertos de los jubilados de INEA.

*Pesca*

Fuimos a visitar un proyecto que estaba desarrollando la Compañía de Jesús en Francia, y nos dimos cuenta de que se podían hacer apuestas de vida, distintas a las que estábamos acostumbrados. Que las comunidades al uso ya no daban respuestas a los jóvenes de hoy, y que compartir la vida con otros de una forma profunda y consciente, potencia mucho y da muchas posibilidades de crecimiento tanto personal como espiritual.

Otra de las inspiraciones fueron las historias de acogida que ya habíamos vivido, de diferente manera y que nos mostraban que en la vida lo importante para cada uno es tener alguien que te acompañe incondicionalmente; y hay personas que llegan a España y no hay nadie que les acompañe, que esté incondicionalmente a su lado independientemente de las decisiones que hayan tomado.

El Papa Francisco dice en la *Laudato Si'* que hay que iniciar procesos, que dejen brotar todas las consecuencias de nuestro encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que nos rodea. Y creo que eso se ha ido dando en Valladolid en los últimos 25 años. Empezamos trabajando temas de ecología, que nos motivaban y ello nos llevó a un compromiso con la cooperativa *Come Sano Come Justo*, y a hacer propuestas espirituales concretas, como la Eco-Pascua, retiros en clave ecológica, eco-ejercicios... Esto no era suficiente porque había mucha gente que se quedaba fuera y además hacíamos este tipo de actividades, pero luego seguíamos con nuestra vida igual. Plantearnos

todo esto nos fue llevando a mirar a nuestro alrededor y ver familias que necesitaban un lugar donde vivir, donde superar un bache, y eso uno solo no puede hacerlo. O se hace en comunidad o no se hace.

El proceso que inicias con temas ecológicos hace que te encuentres con situaciones de injusticia, de pobreza, de mal cuidado de la Madre Tierra y la consecuencia que brota de todo ello es el compromiso que nos lleva a formar una comunidad de ecología y acogida.

*Pady*

La ecología integral plantea un reto muy importante, y muy real: la que afecta al planeta y la que afecta a los seres humanos no son dos crisis separadas, no son dos temas separados, son cuestiones muy interrelacionadas. Ahora bien, descubrir esas conexiones es muy complicado. Nuestros métodos de análisis dividen, separan, no están tan entrenados para buscar las conexiones. Ahí radica la profundidad del mensaje de la ecología integral.

Por eso, la comunidad Ana Leal nace en un contexto de intersección social y medioambiental. Su planteamiento tiene que pasar por encima de los límites habituales de nuestra forma de analizar la realidad y necesita superar barreras y prejuicios por parte de todos: religiosos, laicos/as y familias en acogida, en un contexto de compromiso con el medio (huertos, cultivos, escuela...). La comunidad se convierte así en una metáfora elocuente del proyecto de ecología integral, tal y como lo propone el papa Francisco.

La intuición del papa Francisco está basada en la experiencia de millones de personas en todo el mundo que sufren los impactos medioambientales (cambio climático, inundaciones, sequías...) y los

sociales (desplazamientos, instalación en los márgenes de las grandes urbes, abandono de tierras de cultivo y modos de vida, trabajo precario...). Todas estas personas experimentan cada día cómo lo medioambiental perjudica su vida y cómo su precariedad de vida desgasta el medio en el que se instalan.

*José Ignacio*

La de Ana Leal es una historia en la que, con el paso del tiempo, se te va permitiendo descubrir y leer el paso de Dios por ella. No quisiera repetirme en lo que ya escribí en otro lugar, pero todo esto no hubiera sido posible sin una INEA que con su apertura al programa de huertos para jubilados dio un cambio en su manera de entenderse; sin *Entreculturas* y *Red Íncola*, que nos ofrecen su ventana a otras realidades; sin *Come Sano*; pero, sobre todo, sin una red ignaciana en la ciudad creada con el paso del tiempo. Una red sensible a las nuevas realidades y necesidades de nuestro mundo.

*Roberto*

Nosotros fuimos la primera familia en estar en la comunidad. Recuerdo que, el día en que fui a conocer el sitio, a la primera persona que vi fue a Sonsoles, que estaba como recogiendo un poco la comunidad. Luego conocí a Félix y, por último, a Pady, porque estaba en su finca cuidando de uno de sus animales. El sitio me pareció muy bonito, la casa era grande, con muchos árboles, y me gustó el ambiente. Fui para mirar la distancia a la zona donde estaba estudiando, y me gustó mucho hablar con ellos. Me acogieron muy



bien; fue muy interesante este primer contacto con la casa, con el proyecto que estaba por empezar, ya que todavía no vivía nadie allí.

Luego, pasados unos días, el 10 de febrero de 2020, llegó Cristiano, desde Brasil, y directamente fuimos a la casa. Cuando llegamos con las niñas (Sara y Sofía, que hasta entonces no habían conocido la casa), entramos a mirar por todos los lados. A las niñas, que hasta entonces vivían en un piso pequeño, les pareció todo muy grande, con mucho espacio para jugar. Recuerdo las ropas de cama, todas nuevas, unos edredones de colorines muy bonitos...



Y recuerdo a Félix hablando con nosotros, preguntándonos qué nos gustaba comer. Hemos sido muy bien acogidos los primeros días.

*Glines y Cristiano*

Lo que más recuerdo de los primeros días en la casa fue que al inicio tenía mucho miedo, pues yo no encontraba piso ni vivienda, éramos cinco (mi marido, mis tres hijos y yo), y los tres niños eran mellizos de pocos meses y una niña de tres años, era una situación súper delicada. Haber llegado a INEA fue ver la luz al final del túnel. Dios es muy grande, maravilloso y misericordioso por habernos abierto

unas puertas allí. Teniendo un techo y alimentos, nosotros estábamos súper agradecidos.

*Evelyn*

## 2. Una mesa común

### COMUNIDAD

*La vida cotidiana en Ana Leal se articula alrededor de una mesa compartida, un espacio de encuentro donde convergen las historias de cada uno. Este capítulo da voz a quienes han forjado la comunidad con sus gestos, con su convivencia y con su compromiso diario. En él, se plasma la riqueza y la diversidad de los vínculos que sostienen y transforman la vida común.*

Creo que conocí el espacio Ana Leal desde sus inicios. Lo que me sorprendió es que algo así pudiera llevarse a cabo en la actualidad. Ana Leal materializaba en sí mismo un tipo de comunidad y una forma de convivencia con propósito, que, en nuestro tiempo, parecería más irrealizable que nunca. Y, sin embargo, ahí estaba: un grupo de jesuitas mucho más que comprometidos, que junto con un grupo de laicos daba la vuelta al calcetín de la acción en el mundo y planteaba una vida en común con familias inmigrantes sin papeles, en riesgo de exclusión.

A implicarme, aparte de la amistad con buena parte de los protagonistas, me llevó el que Ana Leal es la materialización de facto de algo por lo que suspira una parte de la sociedad y no se atreve (no nos atrevemos...) a dejarlo todo para entregarte al otro que te necesita. Si bien por circunstancias vitales no podría pasar a formar parte integrante de la comunidad, desde luego, sabía que, desde fuera, también se podía colaborar... y aunque nunca sea suficiente, es

indudable que me emociona mucho cada grano de arena que puedo poner

Pedro

Ana Leal significa el aprendizaje de lo comunitario, como desafío, pero también como logro y como impacto. El vivir y compartir con otros, es lo que más enseña, lo que más enriquece, lo que más contrasta y, por lo tanto, lo que más hace crecer. Siempre lo intenté en mis anteriores experiencias de acogida, desde que entendí que tenía que dar un vuelco a mi vida y abrirla a otros, a los más necesitados. Creo, en todo caso, que Ana Leal ha supuesto para mí el tomar conciencia de que lo verdaderamente transformador en la vida, para uno y para los otros, no es sólo hacer cosas o acciones buenas, sino *vivir con otros de otro modo*.



Para una urbanita como yo, el despertar del vínculo con la madre y maestra tierra... y la invitación que he sentido a hacer buceo o espeleología en muchos de sus elementos. Cuánta vida se nos regala, cuántos usos tan diversos se pueden encontrar en cada uno de sus productos, cuánta generosidad por su parte a la hora de proporcionarnos todo, cuánto saber espiritual se esconde en cada uno

de sus procesos: el pan, la crema de caléndula, los aceites de lavanda y romero, el ritual de la tila, la mermelada...ha sido como asomarme a un mundo nuevo y desconocido que apenas empecé a explorar...

El gran logro para mí fue el hallar el ritmo de un vivir más lento, interior y vibrante. Es verdad que había muchos momentos en que apenas tenía tiempo para nada, por pasar muchas horas en la cocina, pero cuántos momentos también sentía que era como si el tiempo se parase o se ralentizase, dándome ocasión a la oración, al paseo por los huertos, a la contemplación, a la conversación sosegada y tranquila, a la celebración de tantos y tantos momentos, a la degustación de tantos y tantos platos y aperitivos, a la experimentación de cosas y sabores nuevos...

*Lourdes*

Para mí, la Casa Ana Leal es la demostración de que es posible vivir de otra manera en la que la palabra “cuidado” sería el eje sobre el que todo gira.

Cuidado de las familias, atentos a valorar sus necesidades individualmente para que se sientan no sólo acogidas sino también queridas. Respetando su cultura e identidad sin juzgar las decisiones que van tomando para orientar sus vidas.

Cuidado de los mayores que trabajan los 450 huertos y de los mayores que viven en la comunidad.

Cuidado del entorno que nos rodea, compartiendo los productos de los huertos y de la finca e intentando llevar a cabo el proyecto de economía circular.

Cuidado de las personas, que formamos ya una pequeña gran red, sintiéndonos escuchados y acompañados no solo por la comunidad, sino también por las familias.

Y así unidos por el cuidado realmente se logra mejorar la calidad de vida de las personas que están y han ido pasando por la casa Ana Leal, apoyando sus proyectos y alentando la esperanza en que una vida mejor es posible.

*Pilar*

Una palabra es suficiente para entender todo lo que ha supuesto Ana Leal en mi vida: ESTAR. Hay un pasaje en los Evangelios, cuando Jesús llama a sus primeros discípulos que dice algo así como “los llamó para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar”. En seguida, nos gusta remangarnos y ponernos en acción: predicar y expulsar demonios, como a Jesús. En Ana Leal también hay acción: nos movemos para que las familias encuentren trabajo una vez resuelto el tema de los papeles, se ayuda a buscar vivienda, cuando a alguna familia le toca salir se pone en marcha la red que permite equipar una nueva vivienda... pero antes de eso HEMOS ESTADO JUNTOS.

Estar en Ana Leal no es solo vivir allí. Estar en Ana Leal supone gastar tiempo en la casa, aunque uno sienta a veces que no hay nada que hacer.

Estar en Ana Leal supone compartir espacios cotidianos. El café o un colacao de desayuno mientras los niños se espabilan preparándose para ir al cole; es un “hola caracola” ante la sonrisa de Dulce, que no entiende lo que dices pero le hace gracia; es cruzarte en el comedor con “nuestra adolescente favorita” mientras le dices lo mismo y ella no le ve la gracia; es compartir una merienda a la vuelta del cole mientras escuchas un “que rollo la profe de mates” o un “qué bien que mañana es sábado”; es contemplar la satisfacción de unos padres



cuando su hija coge la bicicleta ya sin ruedines.

Estar en Ana Leal es compartir fregadero o cocina y hablar del tiempo, del último partido del Madrid o siendo testigo de historias personales que hablan de dolor y

sufrimiento, pero también de ilusión y esperanza; es guardar silencio porque no te salen las palabras cuando vuelves a casa con tus preocupaciones cotidianas y escuchas hablar de un viaje en patera, de un vagar cinco años por Europa o de no poder acompañar al familiar enfermo a miles de kilómetros de distancia.

Estar en Ana Leal es tomar un café por las mañanas en el porche mientras el sol se levanta, es preparar el vermú de un fin de semana,

es compartir la misa y la mesa, es ver un partido de fútbol con la narración alternativa de Pesca.

Estar en Ana Leal es llegar y aunque no haya nadie, saber que estas en casa. Porque el estar, tiene su ritmo, el ritmo de ese estar es el de la cocina de la abuela, el del fuego lento. Es el ritmo de las conversaciones en la cocina, en el pasillo, en la huerta, en la sala... esas que te hacen conocer a las personas de verdad y casi sin darte cuenta. Ese que te hace quererlos, ese que te hace preocuparte, ese que hace que su vida forme parte de la tuya y de alguna manera formar parte de la de ellos. Toño *dixit*: las personas que dejan huella en la vida de otros, en el fondo es porque han dejado parte de sus vidas en la de uno, y, por lo tanto, una parte de la vida de uno les pertenece.

*Roberto*

Para mí, Ana Leal es ante todo un referente de ayuda, tolerancia y convivencia, donde la alegría y la cercanía se viven día a día en cada encuentro. La presencia constante de niños y familias en el espacio transforma el entorno laboral, convirtiéndolo en un lugar especial donde compartir y crecer como comunidad. La convivencia que ofrece Ana Leal, junto con su acogida a las familias, ha demostrado en cinco años de aceptación que se trata de un proyecto verdaderamente relevante y necesario.

*Trabajadora de INEA*

Pasamos dos años en la casa y siempre hemos sido muy bien atendidos. Yo estaba estudiando y Roberto trabajaba muy cerca, así



que todos los días me llevaba. Esta ayuda fue fundamental, pues desde INEA hasta la zona de San Juan (donde estudiaba) tardaría mucho en autobús. También fuimos siempre acompañados con las niñas: Pady siempre nos echaba una mano y nos daba consejos sobre su cuidado y en las dificultades que tenían Sara y Sofía en el colegio. Incluso a mí, Pady me estaba ayudando con mis dificultades en Química. Félix también siempre nos ayudó, dándonos consejos, y cuando fuimos a salir de la casa para alquilar un piso, nos echó una mano para encontrarlo y alquilarlo. Después, cuando compramos el piso donde estamos ahora, también nos ayudó. Siempre hemos sido muy bien acogidos, muy bien recibidos y muy bien acompañados. Sonsoles y Pilar, cuando las niñas se ponían malas, también pasaban a echarles un ojo y darles medicinas cuando era necesario. Siempre tuvimos todo el apoyo de la casa. Para nosotros, esto ha sido maravilloso.

Yo quiero hablar de los sentimientos, de la experiencia de cómo fuimos acompañados y comprendidos en todo este período. Fuimos cuidados como miembros de una familia, y vivimos en todo momento como una familia. Esto es algo fenomenal, algo incomparable. No es el sentimiento de que somos solamente acogidos en un espacio reservado, sino que fuimos acogidos como miembros de una familia. El sentimiento de familia, de estar unidos, el cariño y todo lo demás no era otra cosa que un sentimiento de familia.

Recuerdo, los primeros días, tener muchas expectativas y un poco de miedo, pero lo más importante fue la sensación de acogida, de amor, de hospitalidad de la comunidad y de las personas que ahí estaban, como Félix, Pady y Rober. La sensación era que habíamos llegado a nuestra familia, aun sin conocerlos y sin tener idea de lo que iba a

pasar. La acogida fue muy verdadera, y me quedé muy feliz y muy contento. Desde el primer día, fuimos una familia.

Vivir en comunidad ha sido una experiencia también a la hora de contribuir, porque todos teníamos tareas y cada familia era responsable de una zona. También teníamos la responsabilidad de la cena o la comida, y cada día de la semana una familia la preparaba. Ha sido una experiencia única porque hemos probado comidas de otros países, y la gente española aceptaba comer lo que pusiéramos en la mesa. Convivíamos con los niños; una familia vigilaba al niño del otro, y jugaban y bajaban al árbol. Los niños lo han pasado genial porque tenían amigos todos los días para jugar.

Esto de vivir en comunidad, de comprender al otro, de ponerse un poco en el sitio del otro, de ayudar, de turnarse con las tareas, ha sido una experiencia de familia. Las cosas que hemos vivido se centran en lo común, en el bien común, buscando hacer aquello que era bueno y que agradaba a todos. Fue una experiencia fenomenal que, si la sociedad mundial la tuviera, el mundo sería mucho más vivible.

Las niñas han vivido creo que los mejores años de sus vidas porque han tenido compañía y un espacio para jugar; querían todo el tiempo estar por el campo con las bicis. Nos pilló la época del confinamiento, y estábamos aislados sin poder salir, pero teníamos un espacio maravilloso con mucho sitio para que jugaran las niñas. Para mucha gente el confinamiento fue muy duro, pero para nosotros fue un periodo como de retiro espiritual. La comunidad fue nuestra familia y nuestro apoyo, ya que el proyecto empezó en febrero y justo en marzo empezó el confinamiento.

Las niñas lo pasaron genial porque les encantaba estar con Félix y con Pady, que estaban muy pendientes de ellas. Les encantaba andar por el campo. Hasta ahora, las niñas todas las veces que pueden ir a INEA quieren estar ahí; hacen nuevas amistades con los hijos de los profesores y con la gente nueva que viene.

Hasta hoy, a las niñas les encanta estar en INEA. La caseta del árbol, que fue hecha por la familia de Alex y Evelyn, les encanta. Es como la primera casa, porque la primera casa es la comunidad de acogida Ana Leal. El espacio simboliza para mí una familia, un aliciente y un apoyo, una etapa muy bonita de nuestra vida.

Estar ahí, poder bajar a cualquier momento a jugar, tener todo este sitio, las verduras, los frutos que traían, tener todo esto disponible, los huevos, el ruido de las gallinas que me encanta, fue maravilloso. Pady tuvo un proyecto de huerto con los niños; tenían un huerto específico donde bajaban a cuidar, a quitar las malas hierbas y a sembrar. Fue una experiencia increíble para ellas y para nosotros.

*Glines y Cristiano*

El espacio Ana Leal, para nosotros, ha sido ante todo esperanza y ayuda.

*Alex*

Desde que en 2020 comenzó la convivencia en Ana Leal, la casa se convirtió en un verdadero hogar. Un hogar sin timbres ni horarios, sin distancias ni papeles que definan quién pertenece o no, donde todo el mundo es bienvenido. Un lugar con olor a comida

compartida, con risas de niños, con silencios que curan, con cuidado de unos por otros. Un hogar que ofrecía, más allá del techo, una red de afecto y de confianza.

Muchas familias acogidas llegaban con heridas, con miedo, con esperanza entretejida de incertidumbre. Y encontraron una nueva familia. En alguna de las conversaciones que hemos mantenido en estos años, con palabras llenas de gratitud, una pareja me decía: “Gracias a esta casa pudimos salir adelante. Nos sentimos también parte de esta tierra. Y nuestros hijos tienen un buen futuro por delante, que era lo que nos animó a venir.”

La Casa Ana Leal es un hogar donde todos caben. Un lugar donde la acogida no se improvisa, sino que se despliega como estilo de vida. Un lugar donde el cuidado es una forma de justicia y la cercanía, un lenguaje.

No viví en la casa ni estuve de continuo en el día a día, salvo en periodos de verano en los que además acompañaba a jóvenes en experiencias de acogida y voluntariado, pero he podido aportar mi amistad, mi presencia, mi fe y en muchos momentos un poco de música. Hemos compartido celebraciones, eucaristías, visitas para recoger los frutos del huerto, oraciones con jóvenes de muy distintos rincones del mundo, juegos con los más pequeños, talleres, reflexiones, testimonios, conversaciones y ratos de sofá, meriendas improvisadas y cumpleaños muy esperados... Y en todos esos tiempos han sido muchas las conversaciones con las personas que estábamos en la casa, mucha la complicidad, el apoyo mutuo y el cariño que hemos compartido

*Elena y Fernando*

El entorno de Ana Leal, los huertos y el compromiso medioambiental son partes esenciales de la experiencia. El espacio está concebido para integrar acción ecológica, convivencia y solidaridad de manera inseparable.

En mi vida cotidiana, Ana Leal ocupa un lugar esencial: siempre estoy pendiente de poder ayudar y participar porque me inspira una convivencia marcada por la solidaridad y el compromiso con la Tierra, y siento orgullo de formar parte —junto a mi red de amistades— de una iniciativa tan necesaria por su carácter integrador.

Uno de los rasgos más diferenciadores frente a otros proyectos es el nivel de integración entre la comunidad religiosa, los laicos colaboradores y las personas migrantes; esta convivencia, sumada al enclave ecológico, lo convierte en una propuesta verdaderamente especial donde todo el mundo es acogido, incluso quienes solo están de paso.

La Casa conecta con la vida de personas cercanas mediante la ayuda y la hospitalidad, y da respuestas también en cuestiones administrativas, educativas, formativas, sanitarias, laborales y de vivienda a las personas migrantes, logrando que muchos experimenten por primera vez una acogida realmente cálida y humana.

Para mí, Ana Leal es un microcosmos donde comunidad religiosa-laica, migrantes y voluntarios se entrelazan con la naturaleza, formando un todo armónico. Lo más valioso es poder hacer algo concreto por los más desfavorecidos y al mismo tiempo sentirme acogida.

A quien no conozca el proyecto, le explicaría que Ana Leal es un ejemplo único en España, donde una implicación tan profunda entre una comunidad religiosa-laica y personas migrantes va siempre de la mano con el compromiso con la ecología y el medio ambiente.

En estos cinco años de andadura, se ha demostrado que la fórmula funciona bien, basta ver el acompañamiento que se sigue ofreciendo a quienes pasaron por allí y los vínculos que se mantienen con el proyecto. Es una iniciativa que reconcilia con la humanidad y muestra cómo debería funcionar una auténtica comunidad.

He aprendido mucho sobre la importancia de convivir en un entorno donde se prioriza el cuidado de la Tierra y la relación directa con los más desfavorecidos. La ayuda en Ana Leal se humaniza y convierte a quienes la reciben en iguales

*[Sin firma]*

Recuerdo perfectamente el día que llegamos a la Casa Ana Leal, Félix y Rober fueron a buscarnos. La familiaridad con la que nos recibieron ese 16 de mayo de 2022 hizo que se sintiera el calor de hogar seguro. El que nos hayan recibido significó y sigue significando, un lapso de mi vida donde fui aceptada sin ningún tipo de etiqueta por ser inmigrante. Me trataron con respeto, brindaron solidaridad y apoyo. Las muestras de afecto y cariño no faltaron nunca, y agradezco grandemente la confianza depositada.

Convivir en comunidad no es fácil, sin embargo, en Ana Leal aprendí que "todo es de todos", sin egoísmo, con generosidad, colaboración y desprendimiento, haciendo la convivencia bastante más fácil de lo que pensaba. El contacto con los espacios y la tierra de allí ha sido un

aliciente para mi alma. El haber limpiado o podado en su huerto las plantas, recolectado manzanas y calabacines, me transmitió calma, tranquilidad y paz, y constaté la belleza y grandeza de lo que esas tierras son capaces de proveernos cuando se cuidan. Siempre disfruté el paseo que casi a diario hacía por sus caminos para ver los hermosos atardeceres; lo extraño.

Ana Leal es un espacio de real singularidad, que brinda a las familias apoyo y las acompañan en cada paso de avance hacia la total adaptación e independencia. Hoy, después de tres años, no puedo más que expresar mi más absoluto respeto, admiración y agradecimiento a todos y cada uno de quienes componen Ana Leal, pidiéndole al Todopoderoso que les brinde larga vida con salud, fortaleza e inspiración, pero, sobre todo, con esa vocación de servicio que los caracteriza, para que puedan dar continuidad a tan hermosa labor.

*Lismar*

Llegué a Ana Leal el 20 de febrero de 2024. Aún recuerdo ese primer día, estar sentada en el salón rodeada de personas desconocidas que querían saber de nosotros, nuestra experiencia como inmigrantes. Llegamos con miedo, pero sobre todo con esperanza. Recuerdo que nos recibieron con abrazos, sonrisas y empatía. Aquellas personas fueron muy amables; desde ese momento supe que todo estaría bien.

Sentirnos acogidos fue recuperar la paz y sentir alivio. Veníamos de vivir en una habitación en malas condiciones, sin dinero, sin permiso de trabajo, con la angustia de no saber cómo continuar. Encontrarnos con personas que nos escuchaban, que se interesaban por nuestro

bienestar y que nos trataban con dignidad, nos hizo sentir que no estábamos solos.

Hemos aprendido que vivir en comunidad significa compartir no solo un techo, sino también alegrías, cultura, costumbres, gastronomía y preocupaciones. Significa apoyarse mutuamente, respetar las diferencias y descubrir que la unión hace más llevadera cualquier situación. Para mis hijos, vivir en Ana Leal ha sido lo mejor que les ha pasado desde su llegada a España. Antes estaban tristes, sin espacio para jugar. Aquí hicieron amigos, aprendieron a andar en bicicleta, y estuvieron rodeados de personas que les prestaban atención, se preocupaban por ellos y les daban amor.

La relación con la tierra, los huertos y el entorno natural nos ha enseñado a valorar lo simple y lo importante. Cuidar de los huertos y ver cómo crecen los cultivos, cómo dan frutos, es una experiencia única. Estar cerca de la naturaleza nos ha enseñado a sentirnos mejor y más libres, pero sobre todo que estamos aún en deuda con ella. El espacio Ana Leal ha sido para nosotros como un hogar cálido, una casa de puertas abiertas, donde el alma se hace grande y se desborda la bondad.

*Mariana*

Una de las cosas que yo recuerdo de los primeros días es que, antes de llegar, sentía mucho temor, miedo e incertidumbre porque me imaginaba algo completamente diferente. Pensaba que, al ser una casa vinculada con el catolicismo, me iba a encontrar con sacerdotes o un tipo así, tipo monjes, muy serios, con un ambiente rígido y diferente al que yo estaba acostumbrada; iba con ese prejuicio. Pero apenas



llegué, todo cambió. Desde el primer momento, sentí el calor humano, me recibieron con los brazos abiertos, con cariño y besos, y eso me hizo sentir en familia.

Recuerdo especialmente a Rober, Félix y Lourdes, quienes me transmitieron esa confianza y tranquilidad en ese momento. Quitaron de mi mente todo temor y me hicieron ver que eran personas normales, muy cercanas y muy atentas. Gracias a esa acogida desde el primer día, me sentí acompañada, segura, en paz y en tranquilidad. Lo que significó para nosotros sentirnos acogidos fue un verdadero alivio, porque en ese momento vivíamos con mucha incertidumbre y no teníamos los recursos para alquilar. Encontrarnos con personas que sin conocernos nos abrieron las puertas de la casa y de su corazón fue una total bendición. Sentí que Dios nos había regalado un refugio seguro a través de toda la comunidad.

*Nain*

### 3. La sobriedad liberadora (LS, 223)

#### SENTIDO

*La experiencia de Ana Leal adquiere sentido en el diálogo entre la fe, la ecología y el horizonte de una vida sencilla. En este capítulo, se exploran los textos y las vivencias que interrogan la motivación de fondo, el sentido profundo y la llamada a una sobriedad liberadora, tanto personal como comunitaria. Los testimonios aquí recogidos invitan a mirar más allá de lo obvio y a plantearse la vida de otro modo.*

Ya desde el principio experimentaba que se abría una nueva manera de vivir en el día a día evangélicamente. Aquello no era un proyecto programado, ni una actividad social, ni un trabajo. Aquello era nuestra vida, desde la cual seguíamos en gran parte atendiendo a nuestras obligaciones anteriores, pero nuestra familia, nuestra comunidad, había cambiado y se había enriquecido.

Para mí ha sido una experiencia enormemente enriquecedora que ha dado sentido a mi vida como persona, como cristiano y como jesuita, durante estos años. Y lo ha hecho porque todo lo que hemos pensado, vivido, trabajado y hecho durante este tiempo tenía propósito. Lo hacíamos por algo y para algo; al menos, yo lo he vivido como constitutivo de mi propia vida, no como algo que podía coger o dejar, ni como algo que fuera una misión parcial de nuestra vida.

Esta experiencia ha ocupado todo el espacio y todo el tiempo. Todo lo que he hecho en el resto de mis actividades y trabajos ha estado marcado por esta nueva vida que supone el espacio comunitario Ana Leal. Se ha convertido en algo no opcional.



En mi opinión, las familias acogidas han vivido su estancia aquí, de forma general, como un gran regalo. Pasar de no tener ni casa, ni trabajo, ni papeles, ni dinero, a estar en un lugar donde, desde el primer momento, son acogidas debe de ser algo único; sintiendo que todos los problemas urgentes y acuciantes pasan a ser parte del común y deben ir resolviéndose en sus plazos, con la seguridad de tener un hogar donde la familia está bien, segura, y donde tienen todos los gastos cubiertos y saben que, además, les van a ayudar hasta el final del proceso. Quienes viven en Ana Leal, saben además que es su trabajo el que sostiene la casa, sin otras ayudas o subvenciones, como las que suelen recibir albergues y ONGs.

Todo esto impacta, genera preguntas a todos, produce un agradecimiento profundo. Y no son pocas las familias que, cuando se

van, dicen que no se quieren desvincular, que quieren seguir formando parte y, en la medida de sus posibilidades, ayudar también a otras familias que vayan viniendo. Así, ciertamente, ha surgido una red de ayuda sobre todo de cara al empleo, de cara al cuidado de los hijos, de cara a ayudarnos en cuestiones domésticas, etc., lo cual es una preciosidad. Si conmigo lo han hecho, yo también puedo hacerlo o ayudar a hacerlo. Quiero seguir siendo parte de este proyecto ayudando a otros.

Creo que, en el contacto entre diferentes culturas, las familias también han visto valores y formas de hacer, como son el servicio, la ayuda desinteresada, el trabajo constante, la alegría y el buen humor, la fe... y todo eso les ha dejado huellas y preguntas. Nuestra fe y nuestro compromiso se evidencian en la vida de cada día y les interpelan. Manding, la persona que trabaja en la finca INEA, lo cuenta de forma muy expresiva: “Cuando vagaba por África, al llegar a una ciudad buscaba siempre la Iglesia católica, porque sabía que era allí donde me iban a ayudar”.

La vida comunitaria ha sido también un aprendizaje: separar basuras, comer de lo que no han comido otros, lavarse la ropa, repartir las tareas, ayudarnos en cada momento... todo ello deja un modo de proceder sencillo en la vida diaria que da valor a las cosas y a los criterios que podemos ir desarrollando a lo largo de nuestra vida al tomar decisiones.

Lo cierto es que apenas hemos acogido a familias católicas y, por eso, no hemos podido compartir mucha celebración, salvo en la pandemia, cuando nos juntábamos a rezar católicos y evangélicos. También esa fue la época más espiritual comunitaria para nosotros, porque teníamos tiempo para estar juntos, rezar, celebrar. No

obstante, para todos es bueno bendecir la mesa juntos, saber que viven con personas para los que la experiencia religiosa es un motor importante. En su mayor parte, para las familias acogidas también lo era: van a la iglesia o a la mezquita y dan gracias a Dios por todo lo que viven.

¿Todos deberíamos vivir así? Está claro que no. Sin duda, se necesita una llamada y un deseo. Por otro lado, no debería impedírsele a nadie tomar parte en este modo de vida, al menos en la vida religiosa. El papa Francisco dice en su encíclica *Laudato Si'* que la conversión ecológica es dejar salir todas las consecuencias de nuestro encuentro con Jesucristo. Eso es precisamente lo que tenemos que preguntarnos cada uno para ir afinando nuestro modo de vida.

Pienso, pues, que este es un modelo sumamente inspirador, pero también un modelo que nos recuerda que todos podemos tomar decisiones en esa línea. No es cuestión de ser más o menos virtuosos o comprometidos que el resto, porque todos somos iguales, pero deberíamos preguntarnos si nuestro estilo de vida actual es el que nos pide la Cuarta Preferencia Apostólica en la Compañía o nuestro compromiso cristiano o el propio Evangelio y tomar decisiones en consecuencia.

Para mí, lo que realmente aporta valor a Ana Leal es el conjunto, que es por otra parte lo que impacta más: los huertos con sus cuentos de hortelanos, los cursos de empleo, las actividades del resto de obras apostólicas de la ciudad, la escuela de ingeniería agrícola... Todo ese conjunto es un laboratorio, una sociedad en pequeño, que tiene el empeño de hacer reunión, de aspirar a la verdad y de creer en la utopía. Y ahí todo se conecta: hortelanos que traen ropa para las familias, visitas de la ciudad que conocen y comparten con nosotros,

profesores de dentro y fuera que quieren conocer la finca, la opción por la agroecología, las familias que trabajan en la huerta, universitarios que colaboran como voluntarios con niños de Red Íncola, niños del Hogar de San José que pasan tiempos en nuestra casa... Todo esto y mucho más ocurre porque existe el espacio de ecología y acogida Ana Leal

*Félix*

No entiendo la vida sin un compromiso fuerte, que te implique personalmente y comprometa tu forma de estar en el mundo a la manera de Jesús. Me gusta imaginarme cómo será el Reino de Dios y siempre me lo imagino en la naturaleza con muchos niños corriendo por todos los lados y todo el mundo compartiendo la vida. Así fue mi infancia o así la recuerdo yo. Vivía en una granja donde había muchas familias con sus hijos e íbamos de una casa a otra, de un lugar a otro disfrutando de las amistades sin muchas preocupaciones.

Y puedo decir que así han sido estos años en Ana Leal, un lugar donde todo el mundo se ha sentido en su casa, siempre con niños corriendo y disfrutando de la vida, mucha alegría compartida y sobre todo mucha VIDA puesta en común.

Cuando empezamos a pensar en esta comunidad, yo no me veía dentro. Estuve en el proceso de discernimiento, pensando y rezando cómo podría ser, pero nunca pensé en vivir en INEA, porque estaba terminando una acogida de dos niñas que ya se hacían mayores y sabía todo lo que te cambia la vida y todo lo que implica... no me veía con fuerzas para meterme de lleno, pero sí para acompañar.

Y eso fue lo que empecé haciendo, el primer mes iba por las tardes a ayudar a las niñas a los estudios, a jugar con ellas, y después de cenar me iba a mi casa. Y en ese ritmo me sentía cómoda. Algún fin de semana me quedé a dormir allí, pero sin el compromiso de vivir. Pero llegó la pandemia y nos cerraron y no podía ir de visita, así que cambié el ritmo, me quedé a vivir en Ana Leal, y por las mañanas me iba a trabajar a la granja, que eso sí que se podía porque tenía animales, y así llevo casi 6 años.

Esas eran mis circunstancias personales, si nos vamos a las espirituales, quizá me motivaba conocer la vida en comunidad de la que hablan los primeros discípulos. Siempre me ha llamado la atención cómo personas tan vulnerables, y pobres, tuvieron tanta fuerza para anunciar el Evangelio y lo que Jesús les había contado. Y creo que eso sólo fue posible porque lo hicieron en comunidad.

*Pady*

La comunidad Ana Leal es signo de que la ecología integral (siempre como horizonte, nunca agotada) es posible. Lo cotidiano, las cosas pequeñas de la convivencia cariñosa y reparadora adquieren el valor de lo profético para comunicar a tantos como nos acercamos, que también en Europa, en nuestras sociedades saturadas de consumo y tan insensibles a la vulnerabilidad social, es posible general espacios de acogida y sensibilización.

*José Ignacio*

Creo también que Ana Leal es un desafío (o provocación) para la vida religiosa. En esto no es que hayamos generado nada nuevo, pero creo que la vida comunitaria religiosa necesita modelos y espacios de vida diferentes, obviamente no para todos, que la puedan hacer más atractiva y que haga que religiosos y religiosas podamos encontrar maneras cotidianas de hacernos presentes en la vida de los demás (y a los demás en la nuestra) más allá de nuestras pastorales.

Los discípulos de Emaús, a Jesús, le reconocieron al partir el pan. Un gesto cotidiano, repetido miles de veces. En Ana Leal, la cena es el momento de encuentro por excelencia, cuando ya todos hemos vuelto a casa. Es el tiempo para reír, para contarse, para compartir, para pedir, para dar... tiempo ese, y otros muchos para reconocer como Dios se me hace presente en las cosas más cotidianas del día a día de la casa, buscando hacer realidad lo que tantas veces rezamos al sentarnos a la mesa: *Un mundo material para todos...*

*Roberto*

El vivir en contacto con la tierra, su cuidado, la recogida de los frutos, todo ello nos empujaba a sufrir con ella y a amar a la madre tierra. El compartir vida con el resto de miembros de la comunidad, cada uno de su padre y de su madre, la vulnerabilidad de las familias y nuestra impotencia en tantos casos nos hacían tener siempre presente la gran fragilidad de este proyecto y el milagro de su sostenibilidad. Todas estas cosas nos unían y nos sacaban de nuestro propio querer, amor e interés para poder seguir adelante.

A lo largo de mis más de tres años de estancia he podido acompañar a varias familias: colombianas, venezolanas, brasileñas... y



ciertamente la estancia en la casa Ana Leal ha sido para ellos un colchón para amortiguar muchos de los golpes que arrastraban, un oasis para darse un respiro en su proceso migrante y un impulse para proyectarlo o enfocarlo de forma más precisa y realista. Todas ellas, más allá de afinidades que siempre se dan, han encontrado en nosotros y en el Proyecto un apoyo no pequeño para salir adelante y afinar el tiro... han podido formarse durante su estancia aquí, han podido trabajar y hacer ahorros, antes de salir y tener que hacer frente a todos sus gastos, etc...

*Lourdes*

Lo que me ha aportado la Casa Ana Leal es, ante todo, conocimiento. Ana Leal existe y funciona. Dentro vive gente que, con su entrega, soluciona problemas de la gente, a la vez que se realiza humana y espiritualmente. Eso es un conocimiento fundamental, que nos dice que las soluciones, a menudo, están en otras partes diferentes a las que nos cuentan. Y los límites, también. Y por encima de todo, la idea de que, frente al dolor y la exclusión, la entrega personal es un camino infalible. Luego me ha aportado ejemplo, en el sentido de modelo a seguir y en el sentido de contar con un espacio contracultural realmente existente y viable frente a la lógica implacable del capitalismo tecnocrático.

Yo, en realidad, me siento también acogido. Es un poco paradójico, pero nada hay más bonito que estar con alguien de fuera en INEA y mostrarle, como culminación de la visita, Ana Leal, comer juntos allí, compartir comida, conversación... fregar, recoger, participar de algo en común... Para los que estamos cerca, Ana Leal es una instancia,

una utopía que forma parte de nosotros, una puerta abierta siempre... un recordatorio de que somos seres humanos y que, incluso, podemos llegar a amarnos y a ayudarnos.

*Pedro*

Uno de los aspectos más especiales de Ana Leal es el ambiente de apoyo y generosidad que brinda a cada familia que pasa por allí, permitiendo encontrar soluciones de vida en un entorno verdaderamente único. Siempre que visito la Casa, experimento la esperanza y el acompañamiento que se ofrece a quienes más lo necesitan, y me reconforta el saber que las personas que allí viven destacan por su carácter acogedor. He podido colaborar de forma directa en el apoyo a familias, y esa experiencia me ha hecho valorar aún más el impacto que Ana Leal genera en el futuro de tantas personas.

*[Sin firma]*

En los Ejercicios Espirituales San Ignacio de Loyola propone que los que “más se quieran afectar” se vincularán al proyecto del anuncio del Reino que ha comenzado ya en Jesucristo. Mantenerse vinculado a la comunidad Ana Leal es un modo natural de expresar la vinculación personal, y colectiva, con la espiritualidad ignaciana.

Lo que es incomprensible es que quienes quieren construir su experiencia creyente desde los Ejercicios Espirituales no reconozcan en la comunidad Ana Leal un modo concreto y sincero de responder a llamada de Jesucristo en nuestro tiempo presente.

La espiritualidad ignaciana no se concreta en ningún apostolado particular, todos son una oportunidad para el seguimiento del Señor: educación, dar ejercicios, pastoral... lo que es importante es buscar las llamadas concretas y actuales para dicha respuesta. Como diría el padre Arrupe no podemos dar soluciones del pasado a los problemas de nuestro tiempo.

*José Ignacio*

Nuestro mundo está lleno de pequeños signos del Reino de Dios y enseguida sospeché que este era uno de ellos. Sobre una superficie plana en la que se repiten hasta la saciedad proyectos centrados en uno mismo, aparecen también otras iniciativas personales o grupales que son como “brechas de luz” que abren esa planicie hacia lo mejor de la humanidad, y lo mejor, también, de Dios. En el momento de ese primer encuentro yo era ya mayor y estaba muy limitado de fuerzas. Si no, estoy seguro, hubiera pedido a mis superiores participar plenamente en ese Proyecto. Hubo, por tanto, dos razones en mi acercamiento al Espacio Ana Leal. La primera tuvo mucho que ver con la amistad hacia los pioneros; la segunda, colaborar con el Reino de Dios presente en aquel Proyecto.



*Toño*

Para la sociedad, sobre todo, diría que experimentos como éste son como catas que demuestran que es posible un modo de vida alternativo que supere y contraste el individualismo, el consumismo y la fragmentación de nuestra vida.

Para la Iglesia: creo que un proyecto como éste redescubre la fuerza transformadora del evangelio y de la comunidad, más allá de una espiritualidad como la actual ansiosa de experiencias subjetivas y

obsesionada por el ritualismo. A la vez que denuncia lo huérfana de formatos comunitarios de nuestra fe, que están vacíos, que no convocan ni implican y que no dan ocasión de participación.

Para la tierra: cambia la imagen de un planeta al que estamos matando y al que solo vemos como almacén de nuestros antojos o necesidades, a un planeta, que todavía, puede ser para cada uno de nosotros fuente de vida y de plenitud.

*Lourdes*

Nosotros, cuando empezamos, pienso que no queríamos ser modelo inspirador para nadie. Ahora, tras cinco años de vida juntos, resulta que es un modelo inspirador para la Iglesia: crear pequeñas comunidades abiertas, de hombres y mujeres, intercongregacionales, y/o laicos/as, cada cual con su carisma y su vocación, pero todos unidos para CONTAGIAR EL EVANGELIO (aunque no hablemos, hacia fuera de él); para la sociedad: que aprendan todos a vivir juntos y a convivir dando su lugar a lo IMPORTANTE, el amor, el respeto, la entrega, la sinceridad, la verdad, la confianza, la alegría, el perdón, ... etc. y dejando aparte lo menos importante, el DINERO que es el ídolo moderno; para el planeta: aprender a cuidarnos unos de otros a la vez que cuidamos el planeta con nuestra austeridad de vida y la atención a los últimos. Ser así “CIUDADANOS” DEL MUNDO.

*Pesca*

Mi aportación ha sido tan pequeña que no puedo hablar de ninguna manera de “esfuerzo”, sin embargo, sí puedo explicar cuánto he recibido, y sigo recibiendo. Al no vivir en Valladolid, mi presencia es muy pequeña, solo en algunas ocasiones, pero esos momentos son profundamente enriquecedores: la vida de la comunidad se transmite “por presencia”, al compartir los momentos cotidianos de las comidas o el descanso.

De todos modos, colaboro con la comunidad en actividades de formación y sensibilización para profesores de EDUCSI, también en los ecoejercicios, en ese sentido disfruto de los beneficios de la comunidad que van más allá de la misma comunidad y llegan a otros grupos. La experiencia de la ecología integral vivida y practicada en la comunidad Ana Leal no se concentra sólo en el espacio físico de Valladolid, sino que llega a otras muchas personas que entran en contacto con el equipo de la casa en acciones formativas o de sensibilización. El bien tiene la capacidad de multiplicarse.

*José Ignacio*

Para la sociedad en que se inserta, el Espacio Ana Leal supone la plasmación encarnada de valores alternativos a esta sociedad como pueden ser el cuidado del otro, la com-pasión, vivir en salida hacia el mundo y hacia los demás, y no en una continua curvación sobre uno mismo; dejar que las necesidades y deseos de los demás formen parte importante de mi nuestra agenda personal, etc. etc.

Pero cuidando, por otra parte, que este vivir en salida hacia el otro no sea únicamente el programa de quienes ayudan sino también el de

aquellos que son ayudados. En caso contrario poco habríamos logrado.

Ana Leal está llamada a ser un ejemplo y fuente de inspiración para otros. Los Ejercicios de san Ignacio pivotan, en sus momentos más decisivos, sobre la experiencia humano-divina del agradecimiento. El “para que más le ame y le siga” (a Cristo Jesús, de la segunda semana o el “para en todo amar y servir”, de la Contemplación para alcanzar amor), se derivan siempre del agradecimiento por los dones que hemos recibido en la vida. En ese mismo sentido, quien haya podido admirar y agradecer lo que Ana Leal ha supuesto de bueno para sí o para otros, hará de Ana Leal una fuente de inspiración para su vida. El agradecimiento y la admiración son el “cantus firmus” de nuestro despliegue personal y social hacia los demás.

*Toño*

En Ana Leal, se realizan de forma práctica una serie de valores que, por lo general, sólo viven en nuestros enunciados de forma teórica. Cuando hablamos de ecología o de migración, cuando hablamos de compromiso con el planeta o de lucha por la justicia social lo que hacemos es posicionarnos políticamente, pero ese posicionamiento se da en lo teórico (¡Y bien importante que es!). Sin embargo, en Ana Leal, el posicionamiento es vital, afecta a la persona en su conjunto, implica transformación profunda no ya en cuanto a las convicciones sino en cuanto a la forma de vida. Por ello, los miembros de facto de Ana Leal, seguramente sin habérselo planteado como fin, se convierten en una fuente auténtica de inspiración. Uno de los bienes colaterales que generan los miembros de Ana Leal es que suministran

una pátina de autenticidad, de verdad profunda, a los valores que defienden y se convierten en un germen de esperanza y gratuidad, en un mundo donde, a menudo, los valores son sólo consignas con las que se mercadea y que jamás tienen vertiente práctica real.

*Pedro*

Las personas, todas, se han sentido acogidas, queridas por todos. Las familias han ido creciendo en autonomía y solidaridad a la vez. Con un sentido amplio de compartir la vida, aunque en lo religioso fuésemos diferentes. La mayoría de nuestras familias acogidas han sido cristianos evangélicos y no acudían a nuestra misa comunitaria, aunque a veces nos atrevíamos a invitarlos. No hemos pretendido hacer prosélitos, hemos respetado a cada cual en su pensamiento o vivencia religiosa. A veces, a nivel profundo, ante tanto sufrimiento como ellos pasaron, les hemos ayudado a descubrir la presencia de Dios en sus vidas y les hemos animado a creer y confiar y a seguir siendo buena gente dentro de su religión. Todos hemos aprendido de todos, la única oración común es y ha sido la bendición de la mesa, que todos hemos aprendido y vivido. Hemos tratado de aprovechar los productos del campo, de los huertos, aprendemos todos a servirnos los alimentos y a cuidar el planeta, nuestra “casa común”. En el último año hemos tenido en casa dos familias de religión musulmana. Con una, de cuatro miembros, hemos sufrido un poco por la dificultad del lenguaje y la comunicación, (son yacutíes) y porque su sufrimiento migratorio ha sido extremo durante varios años de sentirse rechazados en Europa. Aun así, han salido agradecidos al piso que les hemos ayudado a conseguir. Yo digo TODO BIEN. EL SEÑOR SABE.





*Jesús se encuentra con las santas mujeres*

Desde 2021 comencé a acudir también con Fer, mi marido, y él, nuevo en este círculo de amigos y proyectos, quedaba impactado siempre y me decía: “¡Qué manera de construir una Familia, de estar, de apoyarse y de ayudar a recuperar la esperanza a quienes buscan una nueva oportunidad y un proyecto de vida! No sólo las familias que viven aquí, yo también me he sentido profundamente acogido, y me siento uno más.”

Agradezco que comunidades como esta cristalicen y nos recuerden lo que dice el Evangelio, pues evangelizan con su ejemplo. Ana Leal acoge sin prejuicios, sin preguntar, sin procesos de selección. Y son manos abiertas, puertas abiertas y corazón abierto, tan necesarias en este mundo.

Para todas las personas que han formado parte de la comunidad de apoyo ha sido una experiencia transformadora. La entrega de quienes han estado allí día a día es admirable. Han vivido con sencillez, con alegría, con una paciencia, con un esfuerzo y con una coherencia que inspiran. Para mí, que he acompañado desde un lugar mucho menos cotidiano, ha sido un regalo. Me ha permitido sentirme parte de una red que construye Reino, que acoge sin condiciones, que pone a las

personas en el centro. Y me ha hecho revisar mis propias comodidades, mis prejuicios, mi forma de estar en el mundo.

*Elena y Fernando*

Es algo nuevo: en la comunidad de acogida hemos pretendido vivir con y como las familias de acogida, sin pretender adoctrinar o hacer prosélitos, considerando a todos iguales. No nos sentimos superiores a ellos, queremos vivir el Evangelio sin hablarlo, pero sí expresándolo en hechos concretos de respeto, amor, confianza, escucha, ayuda de todo tipo, papeles, instancias médicas, etc. Siempre atentos a las necesidades de los demás en lo concreto y cotidiano. El medio, una casa en el campo, amplia, con jardines y con tantos huertos ecológicos... provoca un interés por conocer más y más la tierra “que nos alimenta” y respetarla. Es algo ÚNICO que no se encuentra en otros proyectos de la Vida Religiosa (tal vez se parece a intentos de grupos humanos que huyen de la ciudad y se establecen en el campo, en el pueblo, en lo rural e incluso acogen inmigrantes).

A la vez es una casa abierta a recibir personas o grupos durante un tiempo y compartir juntos el espacio común, todos aprendemos a respetar y cuidar la casa común y sus habitantes. Todo ello exige una mística que la comunidad de acogida vivimos profundamente: encuentros, retiros, celebraciones, silencio, oración... nos permiten vivir la PRESENCIA de DIOS en lo cotidiano.

*Pesca*

En el momento de la pandemia, estábamos cerrados, pero vivimos en una comunidad que tenía todos los jardines y todo el entorno natural a nuestra disponibilidad. Vimos conejos por las calles, ciervos, corzos y culebras. Como no había personas, los animales tenían todo su sitio para caminar, lo cual fue algo impactante en nuestras vidas, este contacto con la naturaleza.

Lo que yo tengo como reflexión final es que esto de ayudar te va entrando poco a poco a ti también, de querer contribuir con la gente que necesita. A veces la gente da mucho valor al dinero, a los bienes, y lo que hemos vivido ahí es justamente al revés: lo que importaba era la gente, las personas, las familias, el bienestar. Cada uno ponía de su parte sin llevar tanto en consideración el dinero. Esto es una semilla que entra en tu corazón de valorar a las personas y ayudar a la gente.

Yo creo que todas las cosas son por la voluntad de Dios, y todo esto que nos ha pasado fue para enseñarnos la esencia de la fe, de la comunidad cristiana y humana. Tenemos que amarnos unos a otros, no importa la religión que sea. La comunidad fue la respuesta, una contestación de Dios a mi oración para ayudarme en aquello que necesitaba. Dios usa a las personas a todo momento para su voluntad. Yo agradezco a Dios por estas personas de la comunidad y por la experiencia que voy a llevar para toda la vida en mi corazón, la experiencia de vivir en una comunidad que nos mostraba lo que es seguir a Dios y sus principios.

*Glines y Cristiano*

Sentirnos acogidos significó que teníamos un calor como familiar, pues estábamos varias culturas (personas de Brasil, Venezuela,

España, etc.) y aprendimos muy buenas experiencias y culturas de todos, incluidos platos típicos. Hemos aprendido que vivir en comunidad es como nuestra segunda familia, no de lazos de sangre, sino de unos lazos de amor incondicional. Mis hijos los quieren como si fueran sus tíos, sus abuelos, todo. Esta experiencia ha sido maravillosa para mis hijos e hijas. Cada vez que les digo: "vamos a INEA", a hacer lo de los huevos de Pascua o alguna actividad, mis hijos son felices, su ilusión es ver los huertos, respirar otros aires, estar en un ambiente tan bonito de tanta enseñanza y aprendizaje.

*Evelyn*

Hoy miro atrás y pienso que fue muy duro llegar sin nada. Pero entonces llegaron ustedes con su apoyo sincero y su preocupación genuina. Nos ayudaron en situaciones en las que no teníamos a quién acudir. Nos tendieron la mano sin esperar nada a cambio. Se han convertido en la familia que no tenemos aquí. De verdad, no podemos pagar todo lo que han hecho, pero sí prometemos que llevaré siempre su bondad con nosotros y que donde nos toque estar procuraremos dar a otros la misma calidez y apoyo que ustedes nos dieron siempre.

*Mariana*

Hoy miro atrás y pienso que no sé dónde estaríamos si no hubiese sido por la ayuda que nos brindaron. Conservo recuerdos muy bonitos, y confío en que Dios les va a recompensar en gran manera por todo lo que han hecho, sin esperar nada a cambio.

Agradezco enormemente haber llegado a esta casa porque allí mis hijos fueron tratados con amor, respeto y sin ninguna distinción. Les dieron muchísimo cariño y apoyo emocional y económico. La atención hacia ellos fue verdaderamente especial. Recuerdo especialmente el cariño que le brindaron a mi hija mayor. Me generaba muchos temores cómo sería recibido mi hijo Elías Arán, dadas sus condiciones. La experiencia fue totalmente lo contrario a mis miedos: encontré paciencia, besos, abrazos y un ambiente de comprensión y ternura. Mis hijos se sintieron amados y todavía, hasta hoy, ese lugar sigue siendo como su propio hogar. Para mis hijos, la casa siempre será un sinónimo de familia, de seguridad y de amor.

Para mí, vivir en comunidad es compartir la vida con otras personas, apoyarse, respetar las diferencias y trabajar juntos para un bien común. Fue una experiencia hermosa porque conocí a otras familias que habían pasado por procesos similares, y eso me hacía sentir muy identificada. Los anfitriones nos hicieron sentir como en casa desde el primer día. No había barreras ni restricciones, sino un ambiente de confianza y cuidado.

*Naín*

Recuerdo haber sentido incertidumbre al principio porque era algo totalmente desconocido. Sin embargo, el recibimiento fue de otro nivel; te hacen sentir en casa y segura. Rober, que fue quien nos recibió, fue super amable y nos transmitió mucha paz. Lo que significó para nosotros sentirnos acogidos fue lo mejor que nos pudo haber pasado. Fue un alivio encontrar personas tan buenas que

entienden el proceso migratorio, que ya es duro. Su amor es infinito, y fue el mejor lugar al que Dios nos pudo haber mandado.

El espacio Ana Leal ha sido para nosotros literalmente como una balsa que te manda Dios en medio de un naufragio. En ese momento, éramos mi esposo, yo y mi bebé recién nacido, sin conocer a nadie ni saber dónde ir. Ana Leal es un pilar fundamental en lo que somos ahora. Si no hubiésemos llegado allí, no creo que estuviéramos en donde estamos ahora.

*Rodna*

Aprendimos con Ana Leal que vivir en comunidad significa tener una mano amiga, tener un apoyo incondicional. El haber vivido la experiencia de conocer a otras familias de otras nacionalidades que también pasan por un proceso duro te hace reflexionar de que tu mundo no es el único que tiene problemas, y te ayuda a tener más empatía. Vivir en Ana Leal es saber que ahí tienes una mano amiga siempre.

El tener allí un espacio de contacto con la naturaleza te cambia la manera de ver la vida. Las frutas y verduras que se comían eran de allí, lo cual es mucho más sano. Mi hijo llegó con tres meses y empezó a gatear allí; el contacto con la naturaleza hizo que desarrollara muchas cosas a nivel sensorial. Él todavía recuerda con mucho cariño a los integrantes de la comunidad. Hoy miro atrás y pienso que fuimos bendecidos por Dios. Ellos son nuestra familia en España; de hecho, Pady es la madrina de mi hijo. Pienso que debería haber más sitios como esos, y estoy 100% agradecida por haber llegado allí.

*Rodna*

Desde el primer día, sabía que las cosas iban a ir bien por el recibimiento que nos dieron. La paz que se sentía era bastante notable. Recuerdo la amabilidad de Rober y sus ricas comidas, el amor incondicional de Pady, lo servicial de Lourdes, la gran disposición de Félix y el cariño y sinceridad de Isaac. Para mí, sentirme acogido significó mucho porque era una nueva etapa de mi vida, y los integrantes de la casa se tomaban el tiempo de enseñarnos las costumbres y culturas para integrarnos en nuestro día a día en España.

Esta experiencia me ha dejado un gran regalo: el valorar a las personas, el compartir, el convivir con gente de otros países. El almorzar todos como familia me marcó mucho, porque nunca lo había vivido, y es una de las cosas más importantes que me enseñó mi casa Ana Leal.

El contacto con la Naturaleza ayudó más que todo al crecimiento de mi hijo, ya que para aquel entonces tenía dos meses, y el respirar aire puro, el contacto con la tierra y el escuchar las aves cantando sirvió mucho como terapia y desarrollo. El Espacio Ana Leal ha sido para nosotros un Símbolo de Familia, unión, apoyo incondicional y, lo más importante, Amor. En Ana Leal no se ve color ni raza ni nacionalidad.

Doy gracias a Dios por permitirme esta experiencia en la Casa Ana Leal que me enseñó grandes valores. Siempre estaré agradecido con todos porque ahora somos familia (Pady es madrina de mi hijo) y espero algún día devolver un poco de lo mucho que he recibido. Pido a Dios muchas bendiciones y salud para cada integrante para seguir juntándonos todas las navidades, como siempre.

*Nick*





## 4. Experiencia y transformación

### CAMBIOS

*Habitar juntos genera cambios profundos en las personas y en la comunidad. En este capítulo, se presentan relatos de evolución y aprendizaje. Desde los cambios personales hasta las transformaciones colectivas y ecológicas, los protagonistas de Ana Leal comparten aquí las huellas que este espacio ha dejado en sus vidas.*

También debo decir que, con el paso de los años, ha evolucionado mucho mi experiencia en la casa. Sin duda, ha mejorado mi capacidad para acoger, para dar y para mostrar cariño a la gente con la que convivimos; he apreciado más la hospitalidad no solo hacia las familias de acogida, sino también a los cientos de personas que han pasado por aquí; en el fondo, ha surgido el deseo de que esto que nosotros vivíamos pudiese llegar a más gente.

*Félix*

La riqueza de la vida comunitaria creo que ha sido el gran descubrimiento. Aunque hay veces que se hace un poco cuesta arriba, ha sido para mí todo un descubrimiento el participar de una comunidad así, remix: religiosos, laicas, voluntarios, familias... No sé, siento que refleja el mejor rostro de iglesia que podemos ser en este siglo XXI, no vocaciones separadas, sino juntas y complementarias y Dios en el centro.

Lo que distingue a Ana Leal de otros proyectos creo que es la unicidad en un mismo proyecto de esas tres dimensiones, social,



comunitaria y pastoral. Eso es, en mi opinión, lo que hace único este espacio. La característica a destacar sería la de “integral”; Ana Leal es un proyecto de acompañamiento integral. Cómo decirlo, siempre me ha parecido que, en Ana Leal, todo está conectado, las personas, la naturaleza, lo espiritual, lo relacional, lo económico, lo organizativo... nada queda fuera, todo está entretejido, cualquier momento, actividad o espacio en la casa puede ser un espacio de formación, de aprendizaje, de sanación, de transformación.

Ana Leal ha logrado que muchas familias accedan a una vida autónoma, no solo cubriendo sus necesidades básicas sino también facilitando su inserción laboral y social en España.

*Ana Jiménez*

Desde su fundación, Ana Leal ocupa un lugar primordial en mi historia personal. Es imprescindible para mí saber que puedo acudir y participar en sus actividades; me ha humanizado y me ha hecho más consciente del cuidado medioambiental.

La experiencia de cercanía con Ana Leal deja una huella imborrable: reconcilia con la raza humana y te hace salir reconfortado. Es, literalmente, un microcosmos que permite creer que otro mundo es posible.

*[Sin firma]*

En términos generales creo que había buen grado de convivencia, respetuoso entre todos y afable con todo el que pasaba por casa. Pero evidentemente, un proyecto así creo que plantea muchos desafíos a nivel comunitario. A las diferencias de caracteres, historias, valores y manejo del tiempo de cada uno hay que sumarle armonizar las expectativas y emociones que a cada uno nos funcionan en el vivir, trabajar y convivir. Gestionar todo eso no es fácil... y creo que la gestión de todo esto pasaba por aprender a aceptarnos cada uno como éramos, sin pretender cambiarnos

Otro desafío en este sentido pasaba no pocas veces por la toma de decisiones, que claro, en un proyecto así, siempre tienen un matiz colectivo, con lo que a veces eran lentas, desgastantes, a veces se imponían algunas voces callando otras... Me parece que la gestión en este ámbito de las decisiones ha pasado por cultivar la paciencia y aceptar como propia las decisiones que se imponían o ejecutaban, aunque no se hubieran consensuado suficientemente en el equipo

Otra fuente de desafíos venía por la aplicación de las normas de la casa en lo que se refiere a la convivencia, a los turnos de cocina y de limpieza, al uso de los espacios comunes, etc... Como en cualquier grupo, esto no pocas veces era fuente de conflicto. La gestión de estas tareas (deberes y obligaciones) comunes, exigía, en ocasiones, no poca

ascética personal, a la hora de hacer todo lo que estuviera en mi mano, sin mirar si los otros habían hecho o dejado de hacer; paciencia, a la hora de respetar los tiempos y huecos de cada uno; y a veces que alguien ejerciera un rol fuerte para recordar lo que eran puntos rojos que ya hacían imposible la convivencia.

En lo personal, quiero destacar el crecimiento de la amistad con los compañeros jesuitas que trabajan allí, inseparable de la que compartí con los colaboradores laicos (ellas, sobre todo) de una calidad fuera de serie. Son nombres y rostros queridos que han quedado ya integrados en la urdimbre de mi vida y de mi ser. En mi caso de jesuita, se trata de una amistad que seguramente no se entiende bien si no se le añade aquel apelativo ignaciano de “amigos en el Señor”.

Porque se trata de una verdadera “amistad” con todos los componentes humanos que encierra esa palabra como es el cariño, el cuidado, el respeto, la libertad... y todo ello “en el Señor”, es decir, edificado sobre la persona y el proyecto de Jesús que no vino a aguar lo humano, sino a llevarlo hasta su última plenitud. Tal vez alguien pueda pensar que este apelativo es innecesario o superfluo; para mí ciertamente no lo fue ni lo es.

Ahora bien, experimenté una tercera cosa --llámesela personal o espiritual, lo que más guste-- que no quiero de ningún modo pasar por alto. Se refiere al trato, limitado pero real, que tuve con las personas acogidas en la comunidad. ¿Cómo olvidar el impacto que produjeron en mí tantas madres y padres, tantos niños y niñas como vi desfilar por allí? ¿Como olvidar a Eli, una preciosa niña de 10 u 11 años y a su hermanito pequeño Arán, sordomudo y ciego (todo a la vez) a quien cuidaba con tanta ternura? ¿Y a su madre Naín dando de comer al niño y siempre con una sonrisa en el rostro...? Recuerdo

que un día, medio jugando con Eli, le dije: “Ya sé lo que vas a estudiar cuando seas mayor y vayas a la Universidad”. ¿Qué? -me preguntó ella intrigada. Medicina, - le contesté. – Sí, pero ¿cómo lo sabes si yo no te lo he dicho nunca? – Porque te he visto cómo cuidas a tu hermanito, le respondí.

¿Cómo olvidar escenas así? ¿Cómo impedir que moldeen tu corazón y sus deseos más profundos? Les debo mucho a todos ellos, los que acogen y los acogidos. Mucho de verdad, por eso no quiero olvidarlos ahora que estoy ya en una enfermería.

*Toño*

El impacto de Ana Leal en las familias migrantes es profundo: ofrece seguridad y amparo tras períodos de incertidumbre, convirtiéndose en un auténtico hogar para quienes llegan buscando un nuevo comienzo.

*Ana Jiménez*

Vínculos, dignidad, reconstrucción de vidas. El Espacio Ana Leal ha proporcionado a todas las personas y familias que han pasado, una red de solidaridad para seguir adelante con su proyecto de vida. Y a todas las personas que han pasado por la casa haciendo alguna experiencia, una concreción de una fraternidad sin fronteras entre personas de diferentes latitudes.

El Espacio Ana Leal ha sido también cuidado del entorno, conciencia ambiental. Un proyecto concreto, rico y diverso en el trabajo y producción de la tierra, en la degustación de sus frutos. Un faro y

referente en un planteamiento de vida, de convivencia, de producción más respetuoso con la creación.

Aquí hemos experimentado aprendizajes comunitarios, saberes compartidos. Toda una escuela de vida en valores como la solidaridad, el compartir, el servicio, el apoyo y cuidado mutuo, la aportación y carismas de cada uno, etc.

Y cómo no, experiencias de fe, silencio, oración, conversión, pues he visto, a lo largo de los años que he estado, pasar por la casa a cantidad de grupos, muchos de ellos con una motivación religiosa, y la experiencia vivida y talleres hechos les han enriquecido y trastocado no poco su experiencia de fe.

Si hablamos del compartir, de la sostenibilidad por la gratuidad, creo que el aporte de Ana Leal en este ámbito ha sido potente, en primer lugar, por tratarse de un ecosistema en el que se compartía todo (bienes, saberes, servicios) sin la mediación de dinero, en el que se trataba de desarrollar relaciones de confianza y ayuda mutua entre todos los integrantes del proyecto, más que la competencia y, en segundo lugar, por palpar todos los días un modo de producción de la tierra y de consumo que responsable y respetuoso con el entorno.

Lo que más aporta el participar en un proyecto de este tipo es el ritmo y la consciencia con la que se vive. Un ritmo mucho más lento y un modo de vida como más consciente y más conectado a la fuente de la vida

*Lourdes*

Ana Leal me ha hecho aprender a conocer y aceptar a personas muy diferentes a lo que somos en el interior de la Vida Religiosa, tan cerrada y empobrecida en las comunidades tradicionales. También apertura, mente abierta, siempre a la escucha del Espíritu que actúa en todos y en todo. Por supuesto, una mayor fe y confianza en Dios, y, a la vez, una mayor fe y confianza en mí mismo y en los demás. La bondad de Dios se manifiesta en “nuestras gentes acogidas” de manera palpable y concreta, real.

En Ana Leal, he aprendido de manera concreta la importancia de la mujer, su sensibilidad y cercanía, para escuchar, y escuchar con el corazón, dentro de una comunidad de acogida. (Al faltar Lourdes, se nota la necesidad de una presencia femenina más constante, permanente, para escuchar y atender a las madres de familia en su fuero más íntimo).

*Pesca*

Vivir en comunidad implica admitir que cada persona es diferente, según el país, la cultura y la mentalidad... pero, pese a ello, hay buena gente en todas partes. La verdad es que nosotros disfrutamos mucho viviendo con el resto de familias. También para mis hijos la experiencia ha sido muy buena. La comunidad de la casa fue siempre muy atenta y amable con ellos. Así que nunca olvidarán este tiempo maravilloso. Además, mi hijo menor Josef ha mejorado mucho su capacidad de hablar con gente, de conectarse y de disfrutar de la comunicación. Creo que la comunidad les enseñó a mis hijos algo muy importante: ayudar a los demás y ser amables, buenas personas. Eso lo recordarán siempre.

Yo no sé si soy capaz de explicar el sentido que tiene, lo que sí sé es que todo el mundo que pasa por la casa, y comparte con nosotros sólo 2 días, sale de allí impresionado, con fuerza, con una capacidad de plantearse retos, cambios en su vida, de ver el mundo de otra manera. Ana Leal pone, delante de todos, una forma de vida de la que habla Jesús y que mucha gente no está dispuesta a vivir. Pone delante de la Compañía y

de otras instituciones un camino que podemos seguir, que potencia la vida de las personas al vivir en comunidad, que nos hace mucho más felices, y sobre todo que es posible.





Ana Leal muestra que en el mundo y en la sociedad podemos vivir de otra manera, que es posible vivir acogiendo y cuidando unos de otros, que es posible vivir en el paradigma de la ecología integral, poniendo al otro en el centro, cuidando de la Madre Tierra, haciéndonos presentes ante las personas y las situaciones con profundidad, con humildad, conectados con nosotros mismos, con el otro, con las demás criaturas y con Dios.

*Pady*

Los proyectos necesitan un núcleo que les hace existir y luego un contexto humano y mental que les da consistencia desde fuera. Para mí, apoyar a Ana Leal supone posicionarme del lado de una simiente de transformación humana y social de primer nivel. Hay una parte utópica, de descripción del mundo no como es sino como debería ser, que encaja a la perfección con una parte muy íntima mía, que habla de la posibilidad de cambiar las cosas a mejor. Saber que un sueño así puede llevarse a cabo supone para mí un estímulo formidable y me resulta, en general, una puerta abierta a la esperanza.

*Pedro*

Hemos avanzado en la fe, en el amor y comprensión mutua, siempre dejando al otro en libertad, sin pretender acaparar. Hemos celebrado como comunidad de acogida la fe: eucaristías, retiros, oración... Las celebraciones de los cumpleaños, las fiestas de reunión de gentes y amigos que pasaron por la casa: las de Reyes y Pascua (dos veces al año) fomentaban la alegría de conocerse y compartir agradecidos

Mis años en Ana Leal me han facilitado el mantener una mente abierta y a la vez creer más en mí mismo, en seguridad personal. Me ha ayudado tanto el verme como uno más (no soy un bicho raro) en esta comunidad amplia, con familias, con niños... que se me ocurre pensar que, ante el problema de la comunidad religiosa en el mundo de hoy, hemos de avanzar con confianza hacia comunidades mixtas de religiosos/as y laicos/as, célibes o no, familias, etc. que pretenden vivir a fondo el Evangelio y el seguimiento de Jesús, con respeto a cada persona y su itinerario o proceso, siempre con gran sinceridad y verdad.

Frente al dicho “En comunidad no muestres tu habilidad”, hemos ido aportando todos con libertad y disponibilidad nuestros saberes y habilidades: el cocinar, el reparar la bici o el coche, platos nacionales, etc. Siempre en austeridad y sencillez, gratuitamente, sin pedir nada a cambio.

*Pesca*

La relación con la tierra, con los huertos, con el entorno natural nos ha enseñado que es muy importante preservar y proteger la naturaleza, especialmente en nuestro tiempo.

*Alex*

Intento unirme a los cuidados acompañando, aceptando a las personas tal como son y escuchando. Desde mi posición como médico, doy consejo y diagnóstico cuando me solicitan e intento ayudar en los trámites burocráticos cuando está en mi mano También

me marqué un humilde objetivo que es que ningún niño que haya pasado por la casa Ana Leal se vaya sin saber nadar.

*Pilar*

La relación con la tierra y los huertos fue maravillosa. Los niños han aprendido a plantar y a diferenciar qué planta es comestible o no. Es muy bonito ir a ver las gallinas. Ha sido una excelente experiencia que nos recuerda el pasado, donde sembrábamos nuestros propios alimentos. Disfrutaban el sembrar, el cultivar, el ver y el saber que se iban a alimentar de esos propios alimentos. El espacio de Ana Leal ha sido para nosotros maravilloso; es una imagen de una comunidad hermosa que te abre las puertas con amor y no esperando algo a cambio, como lastimosamente estamos acostumbrados en nuestros países, donde detrás de eso hay conflictos o intereses. Aquí fue una experiencia magnífica

Hoy miro atrás y pienso que fue un proceso muy bonito, y quiero continuar con esa amistad tan maravillosa. Me encanta ver cómo continúan ayudando a las personas necesitadas, con amor y enseñanza. Estoy muy feliz y muy agradecida de esta bonita experiencia. Espero que mis posibilidades económicas me ayuden a hacer lo mismo en un futuro, pues es una enseñanza de no solo recibir, sino también aprender a dar y contribuir ayudando a las personas, como lo hemos aprendido en INEA

Lo que más recuerdo de los primeros días en la casa fue que todos se empeñaron muchísimo en ayudar a mis hermanos a que empezaran a caminar, y también me enseñaron a leer. Estamos muy agradecidos. Hemos aprendido que vivir en comunidad significa que han sido muy

buenos con nosotros. Hemos compartido, comido delicioso, y aprendido mucho del huerto, a sembrar y a cultivar. Nos hemos divertido en las fiestas, en las Pascuas, en los Reyes y en todo. Estamos muy felices, los queremos mucho, les agradecemos y queremos continuar siendo amigos.

*Matías, María José Y Joshua, hijos de Evelyn*

Formar parte de esta historia me ha hecho crecer en sensibilidad, en humildad y en gratitud. Me ha recordado que el Evangelio, cuando se hace vida, tiene un poder enorme para sanar, vincular y dar sentido. Acompañar y formar parte de la historia de Ana Leal ha sido un privilegio. He aprendido de quienes vivieron el día a día con generosidad y paciencia, y he recibido mucho más de lo que he podido aportar.

Nosotros volvimos a creer en la humanidad. De pronto, nos dimos cuenta de que en España había gente dispuesta a ayudar a quienes se encuentran en una situación difícil. En la Casa Ana Leal, sentimos amabilidad, cariño y ayuda y además conocimos a gente maravillosa.

*Alex*

Para nosotros, ha sido un regalo. Me ha conectado con lo esencial. Me ha recordado que el Evangelio está en la mesa compartida, en el abrazo que sostiene, en el cuidado que no espera nada a cambio.

En las personas que viven y participan, he visto cómo poco a poco florecen la confianza, la seguridad, la alegría. Cómo personas que llegaron rotas vuelven a levantar la cabeza. Cómo los niños vuelven a

jugar sin miedo. Y también cómo quienes les hemos acompañado hemos crecido en humanidad, en apertura, en fe.

Son muchas las personas que han pasado por Ana Leal en distintas formas de participación. Los jóvenes que pasaban en verano a vivir experiencias de acogida y voluntariado, decían, con asombro y admiración: “Esta gente es especial. Cada uno parece tener un rol, pero todos tienen por tarea cuidar, y eso se nota en cada detalle. He aprendido mucho aquí. El mundo debería ser así.”

*Elena y Fernando*

En la Casa Ana Leal, he aprendido desde cero qué significa realmente la acogida, y me ha ofrecido una perspectiva humana y no meramente asistencial del apoyo a familias migrantes. Ana Leal se adapta de manera ejemplar a las necesidades de cada familia, convirtiéndose para muchas en la última y más humana opción para salir adelante. El acompañamiento integral —en la búsqueda de vivienda, trabajo y gestión del día a día— es lo que distingue la labor de la Casa frente a otros espacios que ofrecen solo una asistencia mínima.

*Dunia Virto.*

Como persona de familia migrante, he sentido en Ana Leal un refugio y una red genuina capaz de responder a las difíciles circunstancias que enfrentan las familias recién llegadas. La comunidad que se crea en la Casa Ana Leal es real y significativa; allí las personas no son meros usuarios, sino que pasan a formar parte de una familia unida. Es esencial que proyectos como este continúen vivos, ya que la Casa

genera esperanza y muestra que aún existen espacios donde el objetivo central es hacer el bien de forma genuina.

*Karla Escobar*

Para mí, la Casa de Acogida Ana Leal es un lugar esencial donde compartir la fe y la amistad, y donde la acogida a todas las personas crea una comunidad abierta y diversa. En cada encuentro, se percibe el esfuerzo en responder a los desafíos de la migración y la ecología, conectando grupos e instituciones para construir una sociedad más justa. Este espacio me ha ayudado a educar mi responsabilidad ecológica y espiritual, siendo testimonio de que la justicia social y medioambiental pueden ir unidas en la vida cotidiana.

*Jaime Burgos*

En la Casa, he encontrado una comunidad donde es posible aprender, convivir y conectar con la creación, tanto en el huerto como en la capilla, descubriendo nuevas formas de relacionarme con los demás y con Dios. Lo que más me impresiona es la acogida sin preguntas, el cuidado mutuo, y la alegría compartida, siendo un oasis espiritual y social que me ha ayudado a reconciliarme con la Iglesia. Ana Leal es ejemplo de cómo vivir auténticamente el evangelio y la ecología integral, mostrando que es posible organizar la vida en torno al servicio, la colaboración y el espíritu compartido.

*Mari Carmen Nuevo*

Durante mi estancia en el Espacio Ana Leal, experimenté una convivencia llena de ternura y magia, que demuestra que otro mundo, más humano y fraterno, es posible. El compromiso con las familias migrantes, el cuidado del entorno y la integración de quienes desean acercarse son constantes que hacen de Ana Leal una propuesta contracultural y profundamente inspiradora. La magia de este lugar reside en ser un ejemplo práctico de vida cristiana alegre, con proyectos concretos y respuestas reales para quienes buscan calor y comunidad.

*Carlos Prieto*

El Espacio Ana Leal representa para mí una comunidad abierta y un faro de referencia, donde la fe y la justicia se conjugan de forma sencilla y real. Siempre he sentido que es un lugar para descansar, compartir y dejarme tocar el corazón, una casa con las puertas abiertas a quien necesita apoyo. En el ámbito de acogida y ecología, la labor a largo plazo y el ambiente de aprendizaje son puntos fuertísimos, integrando sensibilización e incidencia en la misión de la Compañía y de la Iglesia.

*Eduardo Menchaca*

Mi experiencia en la Casa de Acogida Ana Leal destaca por la sinceridad en la ayuda a los niños y por la entrega a quienes más lo necesitan de manera cercana. Veo en este espacio un ejemplo de cómo aportar humanismo a un mundo difícil, consolidando el proyecto y haciendo que la cercanía sea inolvidable. La huella que deja

la Casa es profunda, y se resume en un corazón dispuesto a dar y a acompañar en cada paso.

*Artemio Domínguez*

Vuestra comunidad es signo de esperanza en mi día a día; inspira vínculos, respeto por los procesos y amor a lo vivo, y me hace sentirme acompañado. Las conversaciones y paseos por los huertos, las oraciones comunes y las comidas compartidas han cambiado mi visión sobre la comunidad y la espiritualidad que mira al planeta. Como modelo, Ana Leal debería ser referencia para nuevas casas y comunidades, demostrando que la austeridad alegre y la implicación con el bien común pueden transformar la vida cristiana.

*Rubén Muñoz*

Conocí el espacio Ana Leal desde su estado embrionario y he seguido de cerca el proceso de su implementación, motivada por la amistad sólida que me une a los miembros de su comunidad original y presente.

Me siento vinculada a Ana Leal por la inmediata y cálida acogida que siempre recibo en cada visita, ya sea compartiendo comidas, hospedaje, o charlas con personas migrantes y miembros de la comunidad. Además, participo activamente en la ayuda a quienes se alojan allí de manera temporal, y me implico especialmente en los ámbitos de ecología y agricultura que desarrolla el espacio.

Me han marcado profundamente las conversaciones con las personas migrantes residentes en la Casa, al poder conocer de primera mano



su difícil realidad. Del mismo modo, siento gran satisfacción por haber contribuido a montar algunos de los hogares en los que después han conseguido independizarse.

Uno de los aspectos más valiosos es la continuidad de los vínculos. Destaco la gratitud mutua y el espíritu humanitario que se genera tras cada convivencia, así como el hecho de que esa relación perdura aun cuando las personas ya se han marchado del proyecto

*[Sin firma]*

Conocí a personas maravillosas como Félix, Rober, Lourdes, Pesca, Pilar, Sonsoles, Elena, y todas y cada una de las familias con las que convivimos, siempre disponibles e incondicionales. Sus huellas crearon en mí lazos fuertes de amor, amistad, cordialidad y confianza. Para mí, Ana Leal ha sido el mayor punto de apoyo, pero sobre todo un equipo de ángeles terrenales con quienes formé una familia, de la que recibí y recibo aún, AMOR INCONDICIONAL.

*Lismar*

El espacio de Ana Leal lo describiría o lo definiría con la palabra familia. Para mí, no hay otra palabra que lo describa mejor: una familia que acoge, que protege y nos hace sentir en casa desde el primer momento. Aunque no somos una familia de sangre, el vínculo que se forma allí es real, profundo y duradero.

A la relación con la tierra y los huertos siempre se le ha dado importancia. Allí aprendí desde cosas tan básicas como a separar los residuos, a reciclar, a valorar pequeños gestos cotidianos que ayudan

a proteger el entorno. Para mis hijos, fue una experiencia muy enriquecedora; disfrutaban muchísimo de pasear entre los huertos y observar las plantas. Entendimos que la naturaleza no es algo lejano, sino parte de nuestra vida diaria y que cuidarla también es cuidar de nosotros mismos.

*Naín*

## 5. En la comunidad de vida

### (*Hechos*, 2, 42)

#### EL FUTURO

*El futuro de Ana Leal se dibuja entre sueños, incertidumbres y posibilidades. Este último capítulo reúne deseos, expectativas y propuestas para que el espíritu fundacional se mantenga y se proyecte hacia nuevas fronteras. Los testimonios invitan a imaginar cómo seguir creciendo en comunidad y como seguir practicando la acogida y la ecología más allá del presente.*

Lo que sueño para el futuro de Ana Leal es que perviva todo cuanto pueda dar de sí, que no se extinga por decisiones de despacho, de estrategia o de gestión, y que siga su camino hasta agotarse. Y, en ese tiempo, que se replique en otros grupos e iniciativas, que se vaya haciendo el modo común para la vida religiosa y laica comprometida del futuro y surjan comunidades que hagan suyas lo que Dios va inspirando en Ana Leal. Y que esto sea testimonio de la Iglesia de Jesús en el mundo actual, aquello por lo que se nos reconozca.

*Félix*

Hoy miro atrás y pienso que el Espacio Ana Leal está haciendo un trabajo muy importante y bueno para mucha gente. En concreto, ayudando y dando esperanza a personas como nosotros, que nos

encontramos en una situación de mucha vulnerabilidad. Ojalá que la comunidad Ana Leal continúe mucho tiempo con su maravillosa labor.

*Alex*

Desearía que proyectos así se mantuvieran y en la medida de lo posible se replicaran. Tal y como la compañía de Jesús se lo formula,



me parece que hablamos de una “prioridad apostólica”, prioridad, porque es algo urgente, a nivel humano, planetario y espiritual, y apostólico, por la fuerza y el impacto transformador que puede tener en otros que se acerquen o en aquellos que participen de ellos. Necesitamos espacios con esa atracción, que nos inviten a vivir el presente, a practicar la escucha para mirar de otra manera.

Me gustaría que esta comunidad continuara: comunidad mixta de hombres y mujeres que acogen a familias y sigue abierta a grupos interesados en avanzar en el cuidado de la casa común y de las personas, basados en la austeridad de vida compartida, en el respeto mutuo, en el diálogo y la comprensión y reconciliación, avanzando hacia un mundo nuevo de solidaridad y responsabilidad, cada cual con su vocación, cristiana o no, pero siempre respetuoso con la mentalidad religiosa del otro, ahondando en la espiritualidad y mística de la *Landato Si'* y del Evangelio de Jesús.

*Pesca*

Ana Leal es la semilla viva de un mundo más profundo y mejor, donde las personas conviven, ayudan y se ayudan, sin dejar de tener los pies sobre la tierra. Ana Leal es un ejemplo rarísimo y único de cómo se puede vivir con verdad sin necesidad de explicarla. Es la verdad como praxis. En ese sentido, es un foco inestimable de conocimiento experiencial, intelectual, social, político y espiritual.

Ana Leal ha de seguir porque necesitamos su ejemplo. Necesitamos saber que la verdad en la que creemos se realiza de forma material y vivencial en alguna parte de un modo pleno.



*El Cirineo ayuda a Jesús a llevar  
la Cruz*

Ana Leal, por otro lado, ha de recibir nuestro cuidado porque su existencia es fruto de un sinfín de circunstancias que no es fácil que vuelvan a concurrir con facilidad. Esa existencia depende tanto de la constancia en el compromiso de los de dentro, como de la sensibilidad de los que estamos fuera. Todas las piezas de Ana Leal son claves, muy especialmente las que se encarnan en quienes desde el principio lo han hecho posible. Cualquier cambio que no venga desde dentro afectará a su estructura y posiblemente Ana Leal se resentirá. Eso es algo que no nos podemos permitir.

*Pedro*

La importancia de la continuidad de la Casa Ana Leal me parece incuestionable. Tres son, a mi modo de ver, las razones que la avalan.

Una: el problema de la inmigración va para largo y la impotencia de las políticas, ellas solas, para encontrarle una salida digna, también. Se

requiere la implicación de la sociedad civil, no solo por planteamientos de tipo cuantitativo sino también de calidad en la acogida y de seguimiento en su integración personal, familiar y social. Cualquiera que haya visitado con cierto detenimiento Ana Leal y el clima interno y comunitario que la configura; los 400 Huertos ecológicos donde hombres y mujeres jubilados superan creativamente el aburrimiento que rodea frecuentemente esta etapa de la vida; los innumerables cursos, visitas y actividades que se organizan desde ella, en orden a una mayor concienciación del problema ecológico, siguiendo la inspiración de la Iglesia, etc., etc. podrá comprobarlo. ¡Cómo no desear su continuidad, al igual que otras iniciativas similares en otros lugares de nuestra tierra!

Dos: Al espacio Ana Leal le mueve por dentro un espíritu comunitario que tiene sus Fuentes en el Evangelio de Jesús y en la espiritualidad ignaciana. No se trata solamente de salir al paso de las necesidades materiales de los inmigrados, sino también de su dimensión espiritual. Y como dentro del respeto a los no creyentes o a quienes creen de otra manera --la mayoría de ellos son de procedencia cristiana—esta dimensión del respeto mutuo y del diálogo inter-religioso, está llamada a ir creciendo. ¿Cómo no desearla también?

Tres: Las Comunidades de Hospitalidad similares a esta son un fenómeno reciente dentro de la Iglesia de nuestro País. Son espacios en los que conviven religiosos, laicos e inmigrados en un clima de mutua aceptación, cooperación e incluso de oración allí donde sea posible. Hace años que un prestigioso teólogo alemán, JB Metz, afirmaba que una de las funciones de la Vida religiosa en las sociedades modernas, profundamente individualistas, era “la

encarnación plástica de recuerdos peligrosos”. Con esa expresión aludía a la importancia de crear espacios o comunidades visibles, donde las diferencias sean acogidas y los extraños se conviertan en hermanos. ¿Para quién serían “recuerdos peligrosos”? Está claro: para nuestra cultura aislacionista y unidimensional serían realidades “peligrosas”; para la cultura que dimana del Evangelio serían otras tantas “buenas noticias”

Toño

La Casa Ana Leal debe continuar porque es un proyecto bueno, porque aún el cuidado y promoción del cuidado de la casa común con el apoyo a los mayores y a las familias migrantes. Porque es un eslabón fuerte y clave en la cadena de obras sociales de los jesuitas en Valladolid: como ejemplo de integración (jesuitas y laicos, nativos y migrantes, mayores con jóvenes y niños...). Como ejemplo de vida entregada a los demás y al cuidado de la casa común. Como ejemplo de formación y divulgación en ecología y espiritualidad ignaciana. Como nexo de unión de las diferentes obras de la compañía (voluntarios de MAGIS ayudando en los estudios a los jóvenes de la casa Ana Leal, Campamentos de Red INCOLA para los jóvenes y niños ...). *Porque gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas pueden cambiar el mundo.* Y la casa Ana Leal es el ejemplo claro, cambiando nuestras vidas y las de todas las familias que han pasado hacia una vida mejor.

Pilar



Esta experiencia, en adelante, ha de inspirar. Que se replique, que se cuente, que contagie. Porque acoger no es solo dar: es multiplicar. Y porque hay semillas que, una vez sembradas, ya no se detienen. En una eucaristía en la casa en la que Rober, un amigo jesuita se despedía ya de la casa antes de ir destinado a otra ciudad, le escuchamos hablar acerca de “dejar huella”. Es lo que una comunidad así hace en la vida de tanta gente, y nombró a todas las personas que habían vivido en la casa. Hoy en nuestra familia lo recordamos a menudo: “Ana Leal ha dejado huella en todos y cada uno: en los corazones de las familias acogidas e impulsadas con amor, en los de quienes han sostenido a diario la vida de la casa y han sido uno, y en todos aquellos que nos hemos sentido acogidos por la comunidad y hemos compartido momentos de amistad con todos ellos. Nunca olvidaremos las celebraciones de Navidad o de Pascua, todos cómplices en miradas y risas, y con los niños tan felices; las palabras de agradecimiento de los padres y madres tan agradecidos por esta oportunidad y por tanto cariño, los cumpleaños, las eucaristías y cenas con mucha gente entorno a la mesa, ni la paz que deja dentro el hecho de sentirse totalmente acogido y amado”

Lo que se ha sembrado aquí no puede perderse. Muchas personas aún necesitan un lugar así. El mundo necesita más hogares donde el otro no sea un problema, sino alguien con esperanza. Lo que nace del amor sigue dando vida allá donde va. Y esta casa ha demostrado que es posible vivir de otro modo.

*Elena y Fernando*

El futuro de Ana Leal debe pasar por fortalecer la presencia de religiosos y laicos, contratar personal y aprovechar las posibilidades que ofrece el enclave para acoger más familias y ofrecer más talleres y actividades formativas.

*[Sin firma]*

No he dicho nada de la oposición y rechazo que he encontrado en mi propia familia carnal, mis hermanos, por haberme venido a vivir a Ana Leal. Yo me he sentido muy contento aquí y he compartido con libertad mis problemas y dudas de mis tareas (de la cárcel, por ejemplo).

El verme enfermo y sin poder ser atendido en casa, debiéndome alejar de niños y mujeres “embarazadas” (que no era el caso) para evitar el contagio posible, me obligó a estar y vivir en la comunidad de Ruiz Hernández desde el 13 de noviembre de 2023 al 1 de octubre de 2024. Todo de acuerdo con el Superior y con la prescripción médica.

En un momento, mi hermana se me ofreció a lavarme la ropa (y plancharla). En otro momento, me quité de esa “obligación”. Mis hermanos, me han dado mucho “la lata” por mi empeño en pertenecer a este Ana Leal. Sin embargo, este es mi lugar. Me doy cuenta de que mi presencia aquí ha contribuido a dar a la comunidad un “aire” de alegría. He sabido escuchar en algunos momentos a algún matrimonio que se sentía un poco solo, o a Diana, la abuelita que visitaba el hospital de vez en cuando, he podido echar una mano con el coche también... Me siento muy agradecido y contento al Señor que hace todo en todos. Confíemos. Él sabe. Y este curso que

empezará 2025-2026 vivamos la alegría de seguir en este Ana Leal, conscientes de que estamos llamados a “en todo amar y servir”.

Este curso quiero avanzar en la conversión ecológica, sintiéndome UNO con el planeta, la casa común y todos sus habitantes, cuidándonos desde lo mejor que Dios ha puesto en mí y en los demás.

Qué estupendo ha sido sentirnos convocados a realizar esta reflexión para DAR GRACIAS A DIOS POR TODO.

*Pesca*

# Apéndice

A continuación, hacemos una referencia onomástica a aquellas personas que han constituido el núcleo del Espacio de Ecología y Acogida Ana Leal. No obstante, son muchas más las que merecerían estar en esta lista.<sup>1</sup>

## Los que fuimos a vivir en 2020

Félix Revilla. Jesuita. Director de Fundación INEA, responsable de los Huertos ecológicos y de la Finca.

Isaac Pescador. Jesuita. Aunque destinado desde el comienzo a la Comunidad se incorpora unos meses más tarde debido a la pandemia y su edad. Capellán de la prisión de Villanubla en Valladolid.

Lourdes Salmerón. Jubilada de la Audiencia Nacional. Hasta 2020 colaboraba en Acogida en Madrid con jóvenes africanos sobre todo. Vivió en Ana Leal desde el comienzo, por una bendita casualidad

Patricia Miranda (Pady). Directora de la Granja Escuela Las Cortas de Blas junto con su hermano Ricardo. Colaboró en el discernimiento del proyecto. A raíz del cierre de pandemia, comenzó a vivir en Ana Leal.

Roberto Otero. Jesuita. En 2020 su trabajo era Educación en colegios Jesuitas. Superior de la Comunidad del Colegio Mayor.

Toño García. Jesuita. Maestro espiritual. Inspirador. Miembro esporádico. Factor clave en discernimiento y animación.

---

<sup>1</sup> Los nombres propios están ordenados alfabéticamente.

## **Otras personas que han formado parte de la comunidad, después de 2020**

Alberto Plaza. Jesuita. Superior desde 2024.

Alejandro Toro, Jesuita. Curso 24-25.

Alfonso Baigorri. Jesuita. Curso 24-25.

Artur Yiting Lauer. Doctorándose. Alemania. 2022-2023

Linus. Voluntario. Alemania. 2023

## **Círculo acompañante muy vinculado**

Antonio España. Provincial Jesuita de España en 2020. Él posibilitó este Espacio comunitario.

Elena López y su esposo Fernando. Profesora del Colegio de la Enseñanza. Vinculada a CVX y participando en el Proyecto desde el principio.

Gerardo Villar. Jesuita. Siendo superior de Valladolid en 2020 fue un impulsor para que esta experiencia tuviera lugar.

José Ignacio García. Jesuita. Trabaja en *Cristianisme i Justícia*. Imprescindible

Pedro Piedras. Director de INEA Comillas y presidente de *Come Sano Come justo* en el 2020. Siempre cercano y gran inspirador en los temas

de ecología y cuidado de la Casa Común. Editor de este trabajo junto a Laura Sierra.

Pilar Concejo. Médica cirujana. Unida a la misión de la Compañía desde siempre. Acompañó el proceso de discernimiento y sigue acompañando a la Comunidad.

Sonsoles Moretón. Médica del Trabajo. Funcionaria. Al igual que Pilar es un valor seguro en este espacio comunitario.

### **Personas vinculadas desde el principio**

Las personas de INEA: Lorena López, Pilar Gutiérrez, Laura Sierra, Ana Jiménez, Karla, Dunia Virto, Clara, Maite, Carolina, Mandi, Trini, Isa Mateos, Isabel González, Patricia, Nuria.

Tomás Gaitán sj. Fernando (nuestro cocinero). Jorge Caballero. Carmen Mansilla. Juan y Ñoñi. Vesi y Yulia. Eduardo Mencha y Chus. María Luisa. José Eizaguirre. *Tierra Habitada*. Margarida Alvim, Casa Velha. Carlos Prieto (U. Comillas). Sandra, Dominik y Max. Lourdes Benito. Nacho Mateos. Nacho y Cristina. Lourdes Cebrián. Antonio Gordillo y Marta Ganso . Juanpi Roa. Chus Landaburu. Ana Campo. Are. Sandrine. Inés Sánchez Cuéllar. Clara Arancibia. María, Veterinaria. Mari Carmen. URJC. Artemio Domínguez. Religiosas del Apostolado. Montse Casado. Rubén Muñoz. David y Clara. Jaime Burgos. Chicho Ocaña, sj. Félix Cuadrado, Sinclair.

Muy presentes también nuestras familias y amigos-as, y los más de 3.000 personas que habéis pasado por nuestra casa en estos años y sabemos del mutuo cariño.

### **Familias Acogidas.**

Cristiano, Glines, Sara y Sofi. (Brasil)

Evelyn, Alex, Majo, Josua y Mathias (Colombia)

Diana y Ainhoa (Colombia)

Ludmara Matheus, Stevo y Thiago (Brasil)

Nick, Rodna, Lismar y Max (Venezuela)

Jeny, Bryan y Milan (Colombia)

Elías, Naín, Eli y Arán (Venezuela)

Patricia, Leo, Isa y Ian (Colombia)

Alex, Uliana, Adam y Josef (Rep. Yakutia)

Miguel, Mariana, Mariangel, Dylan y Jimena (Venezuela)

Gabriela, Ernesto, Isabella, Dulce y Gerardo (El Salvador)

Fatou y Saran (Mali)

Saba y Adam (Marruecos)

***Jn 19,35.*** *El que lo vio da testimonio de ello y su testimonio es verdadero y está seguro de que habla con verdad para que también ustedes crean.*